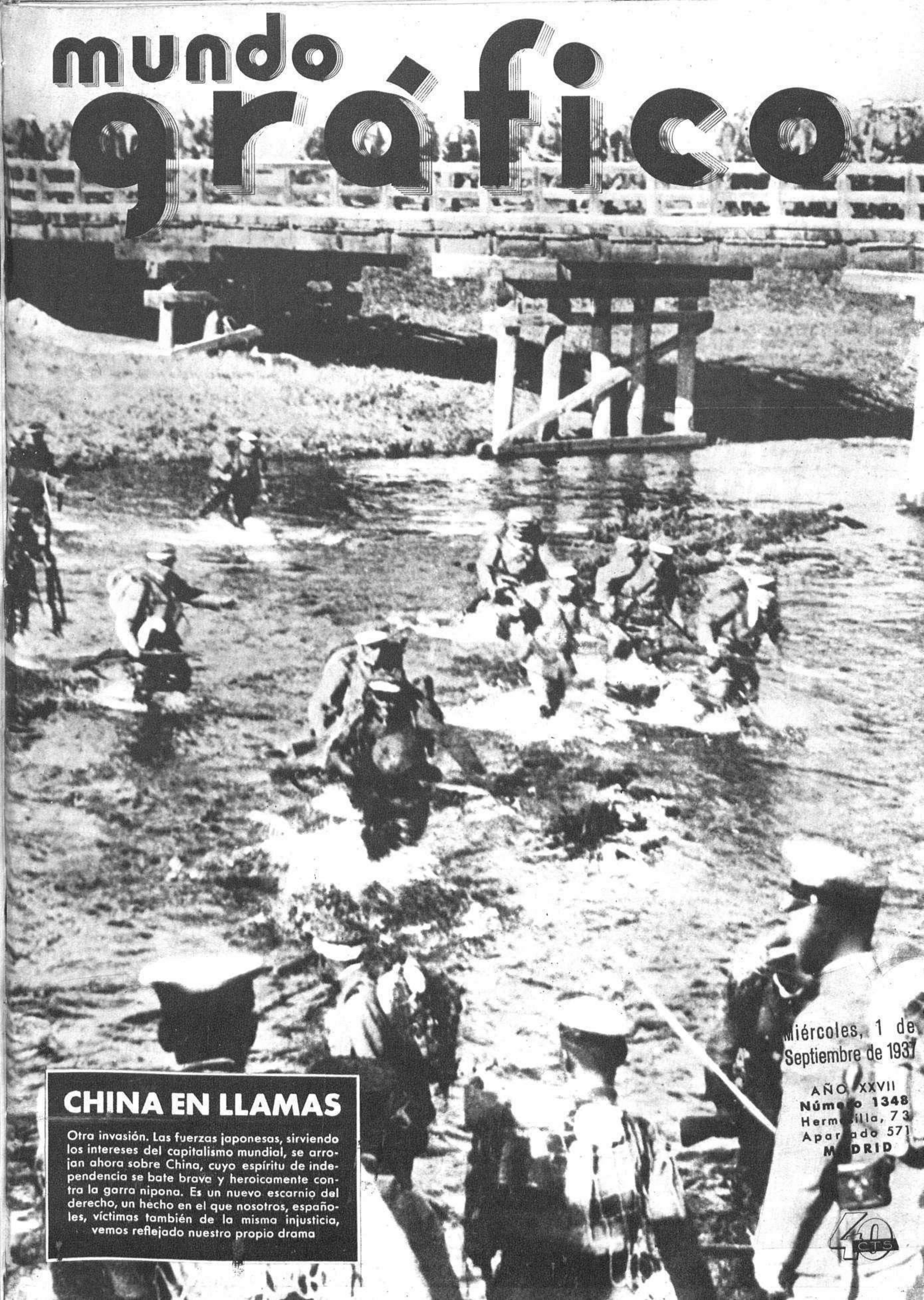


mundo gráfico



CHINA EN LLAMAS

Otra invasión. Las fuerzas japonesas, sirviendo los intereses del capitalismo mundial, se arrojan ahora sobre China, cuyo espíritu de independencia se bate bravo y heroicamente contra la garra nipona. Es un nuevo escarnio del derecho, un hecho en el que nosotros, españoles, víctimas también de la misma injusticia, vemos reflejado nuestro propio drama

Miércoles, 1 de
Septiembre de 1937

AÑO XXVII
Número 1348
Hermosilla, 73
Aparado 571
MADRID

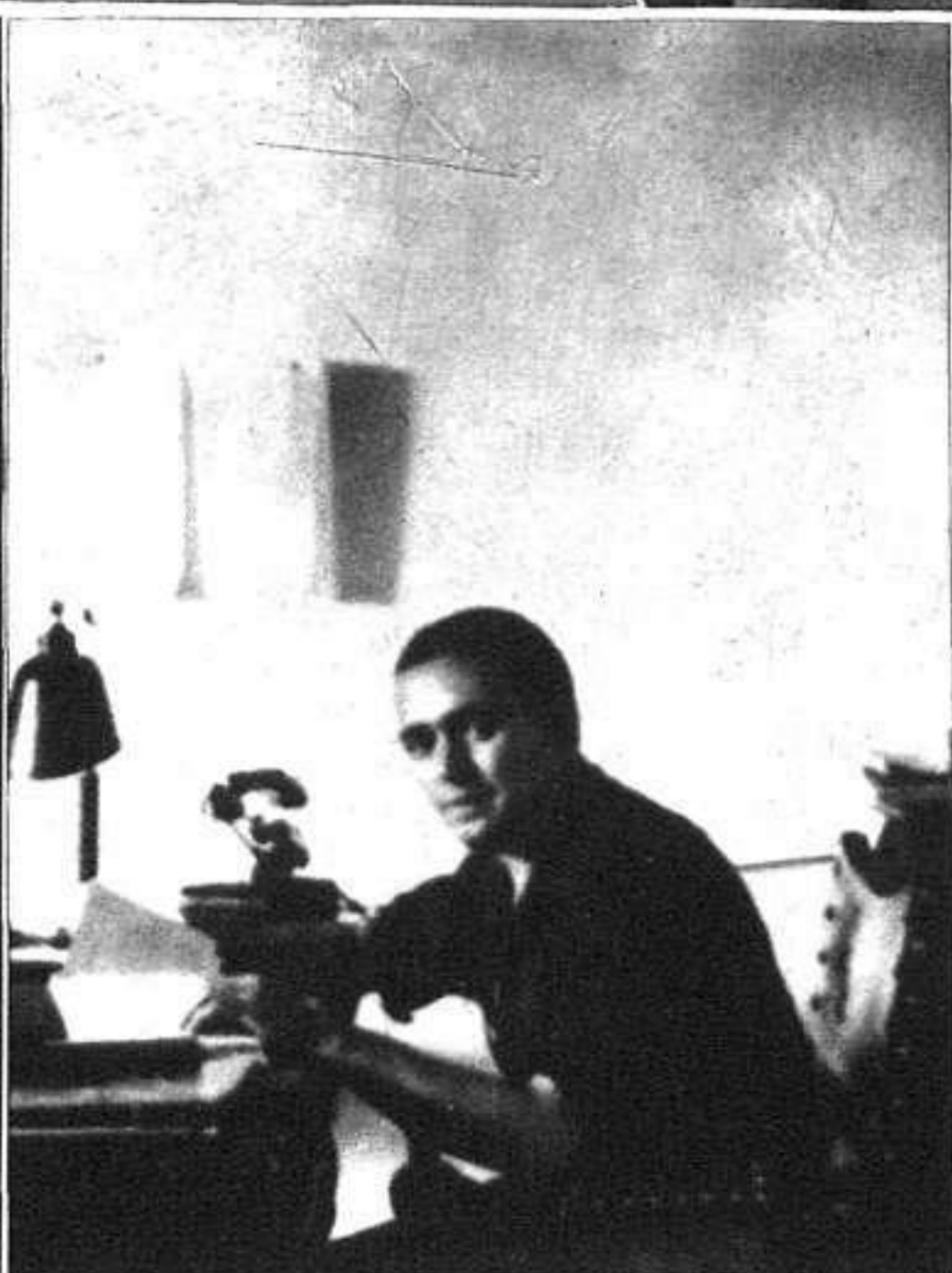
40
ICTS

Cómo atiende el Municipio a la alimentación de la población infantil



El doctor Carvajal, consejero municipal y secretario del Colegio de Médicos, creador de la Sección de Puericultura, gracias a la cual ha quedado asegurada la alimentación de la población infantil de Madrid

La Sección de Puericultura, creada por el doctor Carvajal, ha abordado y resuelto el difícil problema de alimentar a más de sesenta mil niños



Angel Ezama, profesor veterinario, delegado de la Dirección de Ganadería, desde cuyo cargo viene prestando a la Sección de Puericultura una valiosa colaboración



El jefe de la Sección de Puericultura trabajando en su despacho con algunos de sus auxiliares

HABÍA, aun no hace mucho tiempo, un problema urgentísimo a resolver: el de la alimentación y sanidad de los niños madrileños. El verano—la época más peligrosa para la población infantil—acababa ya con sus primeros calores. Un peligro cierto amenazaba a decenas de miles de niños si no se encontraba pronto el medio de proporcionar a todos y a cada uno alimentación sana y suficiente.

El nuevo Ayuntamiento, bajo la presidencia de Rafael Henche—inteligencia, tesón y buena voluntad—acababa de constituirse. El doctor Juan José Carvajal, secretario del Colegio de Médicos, fué nombrado consejero municipal. Su primera ocupación fué abordar inmediatamente el problema de los niños. El doctor Carvajal creó una Sección de Puericultura, dependiente de la Comisión Municipal de Abastos. El alcalde acogió la idea con todo entusiasmo, y la apoyó con el dinamismo que sabe imprimir a todas sus

La actividad es constante en los despachos de la Sección de Puericultura, donde diariamente se hace el reparto de miles de litros de leche

actuaciones. Hoy, la Sección de Puericultura funciona admirablemente. El peligro del verano ha desaparecido; en los almacenes se apilan las cajas de leche condensada y en polvo, el chocolate, el azúcar, etc., en cantidades que permiten mirar el porvenir con el optimismo que da el saber que la alimentación de la población infantil está asegurada.

La Comisión de Puericultura está formada por el alcalde, como presidente; el doctor Carvajal, vicepresidente, y los vocales, doctores Romeo Lozano, Solá, Bravo Frías y Miret.

—La Comisión—nos ha dicho el doctor Carvajal—ha estado reunida de un modo casi permanente. Ha habido que vencer muchas dificultades. El plan era extenso, y el plazo para realizarlo, corto. De las proporciones de lo ejecutado hasta ahora basta decirle que se trataba de proporcionar alimentación y cuidados médicos a sesenta mil niños. Y se ha conseguido.

—¿Cómo ha acogido el vecindario la labor de la Sección de Puericultura?

—Se ha dado cuenta desde el primer mo-

mento de la importancia del servicio, apresurándose a inscribir los pequeños menores de cinco años. Hecha la inscripción, se entrega una tarjeta, mediante la cual reciben la ración correspondiente de leche pasteurizada o en polvo o condensada o de harinas especiales.

—¿Cómo están establecidas las raciones?

—El Servicio de Puericultura se ha propuesto, y lo está cumpliendo, suministrar toda la alimentación necesaria para subvenir a las necesidades de los niños menores de un año; una gran parte del alimento preciso a los de uno a dos años; se entrega a cada uno de éstos 750 gramos de leche de vaca o su sustitutivo de leche condensada diariamente, y semanalmente, tres huevos, una ración de harina y otra de azúcar. A los comprendidos entre los dos y los cinco años se les facilita un auxilio alimenticio consistente en medio litro de leche o la ración equivalente de condensada.

—¿Cómo se ha logrado este abastecimiento?

—Ha sido preciso que toda la leche que se produce en Madrid y la que puede llegar de



los pueblos de la provincia quede afecta a las necesidades municipales, para atender en primer lugar a hospitales, sanatorios y Puericultura, entregando el sobrante a los Sindicatos e industriales, cuyos establecimientos reúnan las condiciones indispensables de salubridad e higiene. La leche en polvo o condensada y las harinas y otros productos son distribuidos en los locales de la Casa Nestlé generosa y gratuitamente puestos a disposición del Servicio de Puericultura, como asimismo todos sus servicios comerciales de transporte y personal. La recogida de leche en los pueblos de la provincia se hace dos veces al día, y tan pronto como llega a Madrid es pasteurizada.

—¿A qué precio se sirven las raciones?

—Gratuitamente para los niños pobres, y a precio de coste para los que no están incluidos en el padrón de Beneficencia o de Asistencia Social. En todos los despachos destinados por el Ayuntamiento al Servicio de Puericultura se despachan diariamente los vales de alimentos. Hemos tendido a reducir en lo posible la molestia a los solicitantes, disponiendo que las raciones puedan ser recogidas a cualquier hora de las establecidas para el suministro, con lo cual se ha logrado, también, suprimir las colas. En todos los establecimientos hay siempre, en la cantidad necesaria para atender debidamente a los vecinos a ellos adscritos, huevos y azúcar, que la Comisión de Puericultura adquiere directamente de Abastos.

* * *

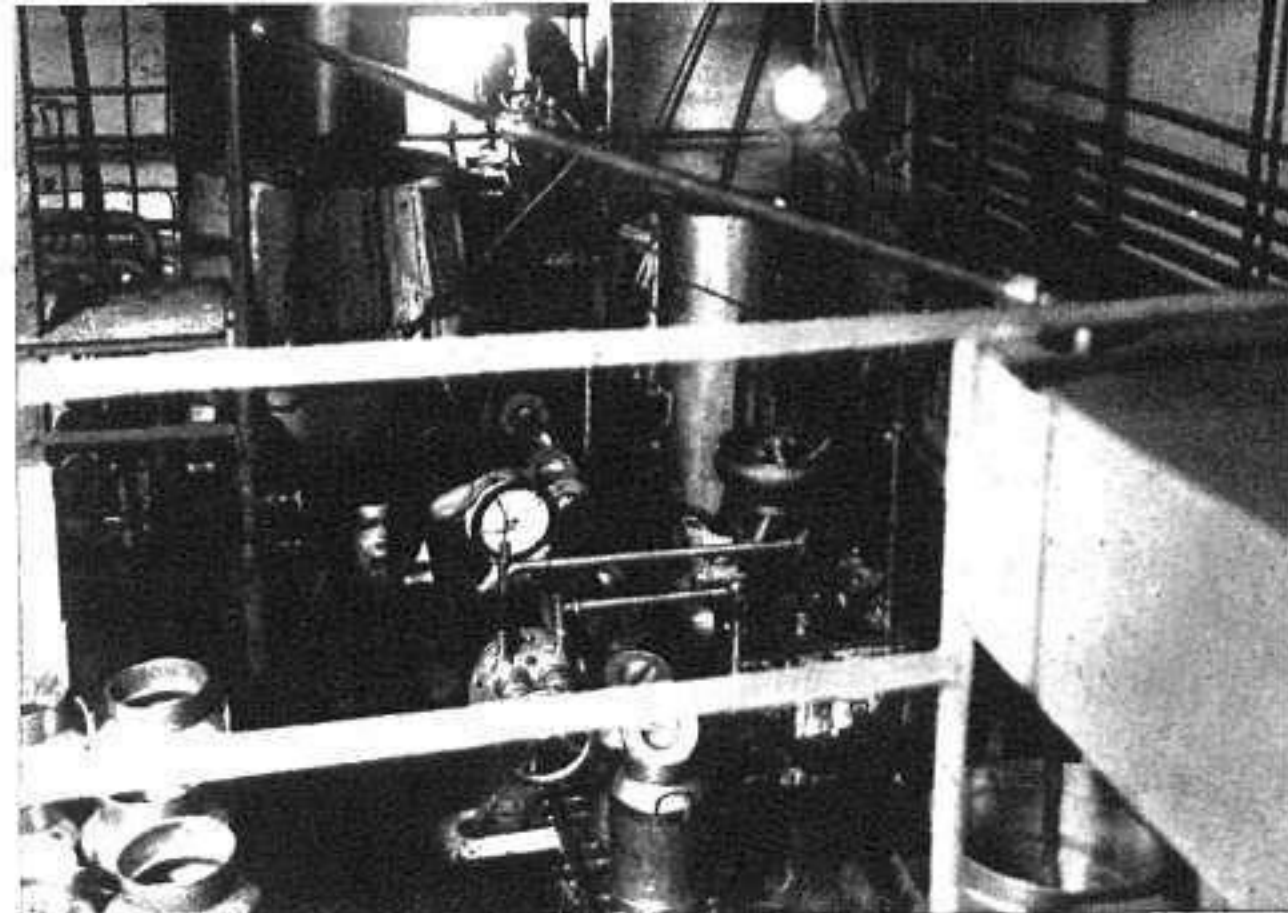
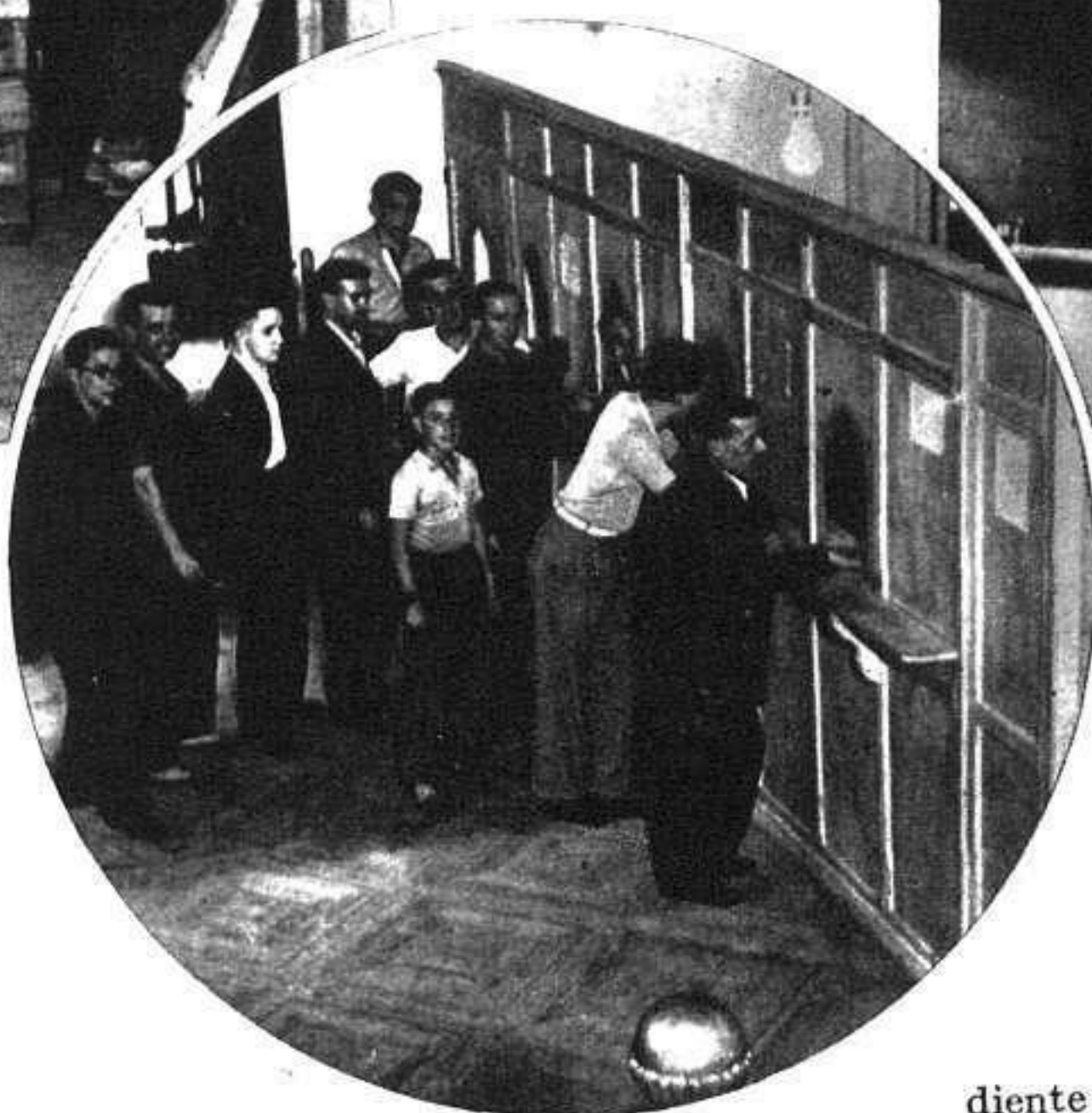
He aquí expuesto, del modo sintético que exige lo reducido del espacio de que dispone-

mos, el esfuerzo realmente gigantesco hecho por el doctor Carvajal y quienes con él colaboran en la Comisión de Puericultura. Esfuerzo que ha llevado la tranquilidad a las madres y ha evitado un aumento en la mortalidad de la población infantil, al asegurarle una alimentación pura y suficiente.



En los almacenes de la Casa Nestlé, puestos a disposición del Servicio de Puericultura, se apilan las cajas de leche condensada destinados a los niños madrileños

Ante las ventanillas de Puericultura acude constantemente el público para proveerse de los vales que han de ser canjeados por leche



En estas máquinas, instaladas rápidamente gracias al esfuerzo del doctor Carvajal y sus colaboradores, se pasteurizan diariamente varias docenas de millares de litros de leche natural



Uno de los establecimientos que existen en todos los distritos para la distribución de la leche a la población infantil

(Fots. Videa)

diente ficha, de modo que se sabe siempre perfectamente el estado de salud de los niños, tanto en general, como individualmente.

R. G.

IMAGENES DEL FRENTE



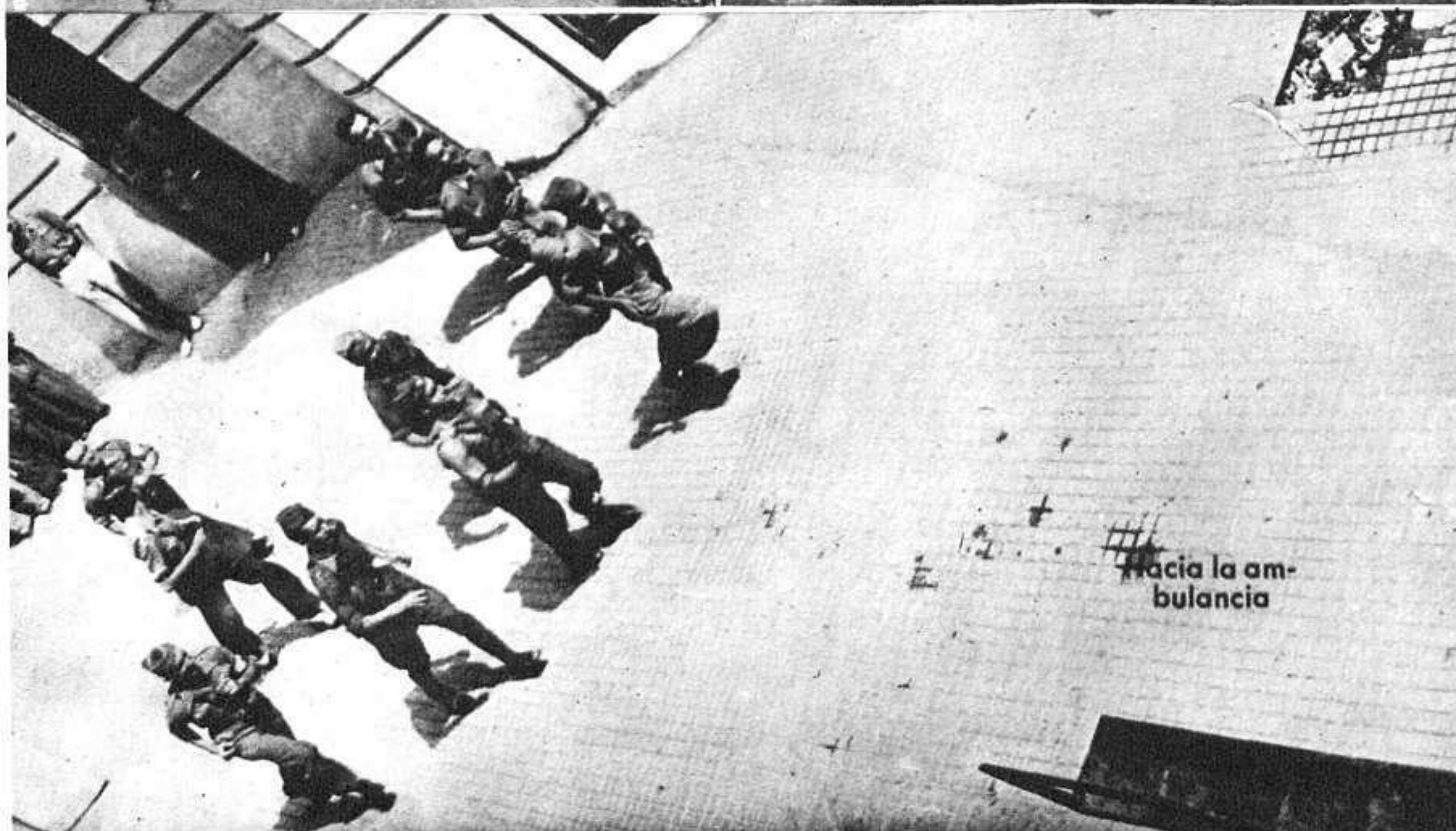
Nuestros soldados entran en una casa conquistada al enemigo

Una trinchera de primera línea defendida por los soldados leales

(Fots. Díaz Casariego)



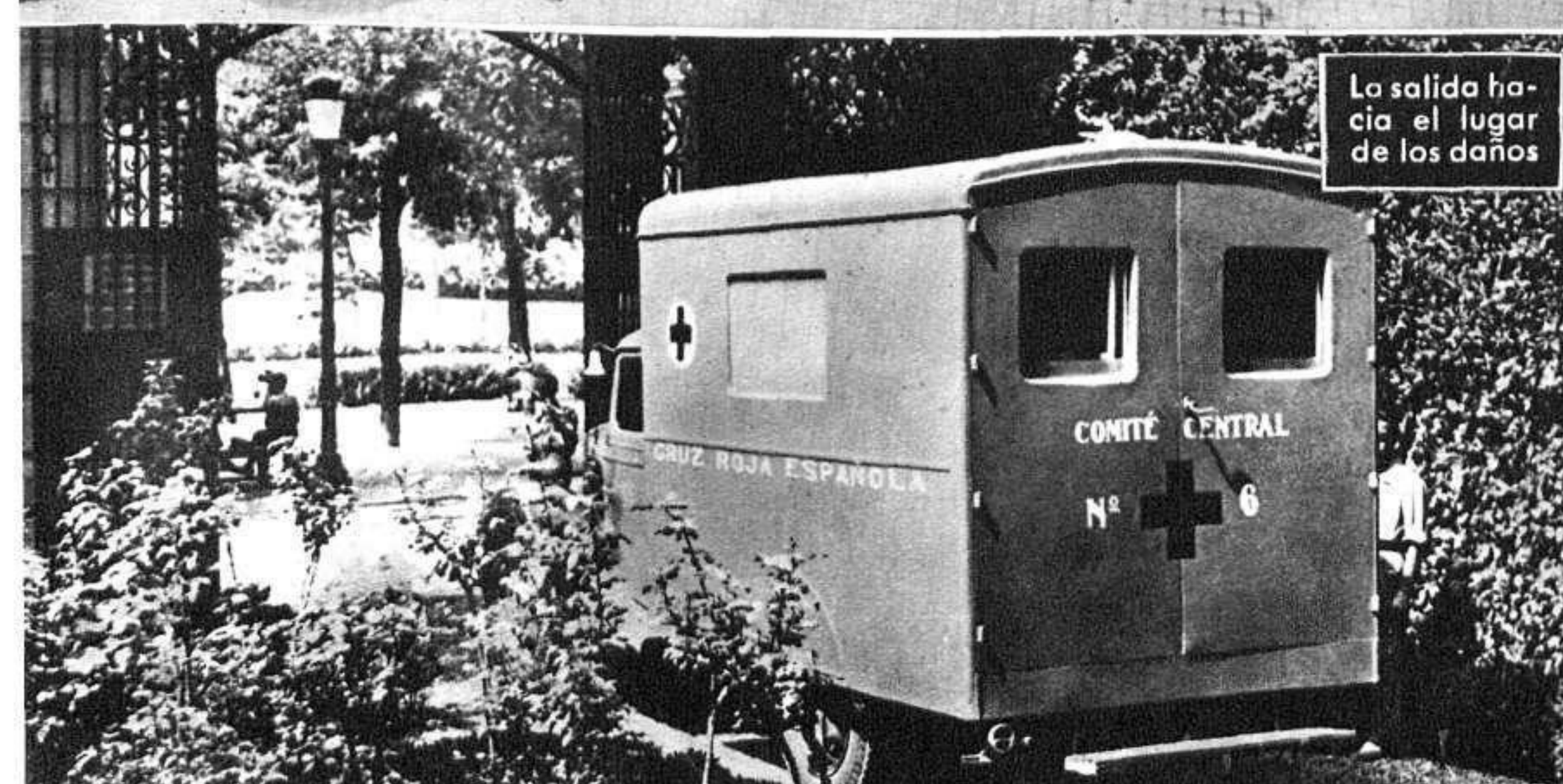
La orden
de salida



Hacia la am-
bulancia



La subida a la
ambulancia
(Fots. Vide)



La salida ha-
cia el lugar
de los daños

LA CRUZ ROJA EN LA GUERRA

La labor que viene reali- zando la Primera Briga- da Mixta Sanitaria

Calladamente, sin ostentación y sin estruendo, la Cruz Roja viene realizando en nuestra guerra una gran labor. En torno al presidente de la institución, el ilustre doctor Romeo Lozano—el máximo fervor puesto al servicio de una idea generosa—, trabaja un equipo de hombres inteligentes y entusiastas: Horche, Morata, Balgación... ¿Son exactamente conocidos del público todos los aspectos de una labor tan llena de sentido humano? Vamos a recoger, desde las páginas de nuestra revista, algunos de esos aspectos de nuestra Cruz Roja.

ENTRE las actividades múltiples de la Cruz Roja en la guerra, está, con relieve de primer plano, la actuación de la Primera Brigada Mixta Sanitaria. La forman trescientos hombres, perfectamente formados y disciplinados para la tarea que han de realizar. El comandante jefe es Luis Blanco Soria, periodista de solera y desde siempre uno de los más fervorosos amigos de la Cruz Roja.

Se atiende celosamente a la perfecta capacidad física de los hombres de la brigada. No cualquiera puede ser camillero, no cualquiera puede realizar los esfuerzos—arriesgados muchas veces—de estos hombres que en pleno peligro han de atender a la salvación de los demás. Se exigen a los que quieren ingresar en la brigada determinadas condiciones físicas, y después, ya ingresados, realizan diariamente una instrucción adecuada al trabajo que han de desarrollar.

Estallan trágicamente los obuses sobre Madrid. Ayes de dolor entre los muros rotos, entre los muebles destrozados. Alguien marca nerviosamente un número de teléfono: el de esta Brigada Sanitaria de la Cruz Roja. Como es natural, en el cuartel de la Brigada se está en servicio permanente para estos casos, que pueden surgir en cualquier momento. Junto al teléfono hay siempre un hombre de la Cruz Roja, papel y lápiz en la mano, en la espera del aviso. Todo es inmediato, rapidísimo. En cuanto la anotación está hecha, un cornetilla de la Brigada da el toque de marcha. Las ambulancias están siempre a punto, dispuestas para la partida hacia el lugar que les llama. Médicos y camilleros ocupan su puesto. La ambulancia parte, camino del sitio cañoneado.

Están desiertas las calles. El peligro ha ahuyentado a la gente. Continúan oyéndose las explosiones. La ambulancia sigue, porque por encima del riesgo propio está el dolor ajeno. Hay unas vidas inocentes que reclaman asistencia, y hacia ellas hay que ir, aunque sea con riesgo de la vida propia.

Por este sentido justo, alto e insobornable de su misión, la Cruz Roja ha sentido en su propia carne las desgarraduras de la lucha. Porque varios de sus hombres—cuadro de honor en las filas de la institución—cayeron heridos al realizar este trabajo abnegado y duro. Y hace poco se realizó el salvamento difícilísimo de unos obreros que habían quedado aislados en el piso alto de una casa cuya escalera había sido rota por un cañonazo. Y en una ambulancia han quedado, como un testimonio trágico de los riesgos de esta misión, diez y ocho impactos de metralla. Pero no importa el peligro. La Cruz Roja es eso, y esos son su alma y su penacho.

VALENCIA



Los pioneros de las J. S. U. de Valencia han formado el cuadro teatral "Máximo Gorki"

He aquí algunos de los pequeños actores del grupo teatral «Máximo Gorki», que tan admirable y bella labor está realizando en las Guarderías, los Sanatorios y los Hospitales levantinos
(Fots. Vidal Corella)

trece años, los cuales interpretan, con gran acierto, estampas revolucionarias, llenas de una savia de enseñanza en la que el niño no puede quebrar su imaginación con sentidos perjudiciales al desarrollo de su inteligencia, al mismo tiempo hacen sainetes líricos, recitales poéticos, canciones infantiles, diálogos...

En la lucha secundada contra el analfabetismo, este cuadro infantil juega un principal papel, y es el de cooperar con su trabajo, como asimismo al de su educación. Estos niños, durante el día, tienen sus clases de cultura en general, clases de piano, declamación y canto.

Al frente de los muchachos marcha el camarada Fresnedo, al que los chicos quieren mucho, desarrollando una eficaz labor educativa de ellos.

El Grupo nació al calor de las Juventudes Socialistas Unificadas, de Valencia, que por medio del Secretariado de Cultura y Deportes se ha desarrollado magníficamente, haciendo llegar felizmente a realizar la idea surgida de los pioneros valencianos.

Y el éxito ha sido grato en todas sus felices actuaciones en guarderías infantiles, hospitales de convalecientes, sanatorios de niños...

La obra de García Lorca, para los niños, como para muchos ignorada, ha despertado en el corazón infantil anhelos de conocerla. Y es motivo de devoción hacia nuestro poeta este sentimiento y este cariño.

Los muchachos de este cuadro teatral «Máximo Gorki» interpretan diálogos y canciones. Pero no tienen, a pesar de los magníficos que recitan, estos diálogos, estas canciones, la gracia y la vida de las poesías de Federico García Lorca.

Les he visto ensayar. Ahora, en estos momentos, cantan canciones de amor y de paz.

Pero yo siento una honda emoción al oír a este niño que sólo en el balcón mira al cielo donde clarea la noche y murmura a media voz el romance de la luna:

*La luna vino a la fragua
con su polizón de nardos.
El niño la mira, mira.
El niño la está mirando.*

FAUSTO LAMATA

Pioneros

LA guerra ha sembrado en el alma de los chicos una nueva vida. El niño ha despertado, llegando al nuevo día por caminos de sueños. Sueños que ya se van convirtiendo en realidad.

Y en este camino seguro y fuerte de ahora el niño avanza recto camino también a su victoria. Va con el paso recio y el puño en alto.

Forzoso es recordar, al paso de este camino, el tortuoso sendero de nuestra infancia y de nuestra escuela. Aquella escuela gris, terriblemente trágica en nuestra mente, que más bien parecía cueva lóbrega de inquisitoriales martirios que templo de la enseñanza.

No se olvidan, no, aquellas horas angustiosas, cara a la pared, con el capurcho de la befa y el tormento de las bolsas repletas de pesados libros en cada brazo, por no haberse sabido en su punto un par de oraciones.

No se borran aquellas largas horas hincado de rodillas después de la clase, abandonado al tormento, mientras el maestro conversaba de política a la puerta de la clase.

Aquellas horas servían de acicate para incubar en el alma infantil tormentas de odio a los libros, ráfagas de espanto hacia una escuela injusta y a todas luces ingrata.

Hoy, la escuela es para el niño alegre. Espejo bruñado que refleja nuevos tiempos, nuevas luces. Cantos y juegos mezclados entre risas cara al sol.

El niño avanza recto camino también a su victoria.

El cuadro teatral "Máximo Gorki"

Un grupo de pioneros de las Juventudes Socialistas Unificadas, de Valencia, ha constituido el cuadro teatral «Máximo Gorki». En él, los chicos interpretan obras del teatro proletario infantil.

Este cuadro consta de niños de nueve a

La vida de los jefes del Ejército Popular, contada por ellos mismos

DE aquel venero de carbón y de energía revolucionaria que es la cuenca minera de Asturias, nació, el 26 de Agosto de 1906, Silverio Castañón.

—En mi pueblo, Turón, fui un año a la escuela. A una escuela laica, con un maestro gallego; un tal Juan Castro, que me enseñó hasta a dividir. Me marché, acaso no cumplidos todavía los siete años, después de tirarle un tintero a la cabeza un día en que me castigó no a estudiar, sino a pegarme. Luego, ya trabajé en la construcción, como «pinche», para llevar ladrillos y traer agua, con un jornal de cinco reales. Hasta que hubo una *huelguca*, no me recuerdo bien por qué, y le di al patrono un ladrillazo. Sería en 1915. A los diez años aun no tenía yo una ideología. Era un rebelde nada más. Pero mi padre, minero y uno de los primeros organizadores del Sindicato Minero Asturiano, procuraba inculcarme un pensamiento socialista. Yo había conocido ya a Pablo Iglesias, a Soriano, a Eduardo Varela—aquel ciego que fue uno de los mejores propagandistas que tuvo el socialismo en el Norte—, a Quejido, a Torralba Becci... Y estaba familiarizado con los líderes asturianos de aquella época, José Lafuente, Antonio Fernández Cienfuegos, Enrique Celaya... Llana, todavía muy joven, empezaba a señalarse ya—recuerda.

La agitación revolucionaria en la cuenca minera de Asturias

El año 17, después de aquella sangrienta huelga de Agosto, entró Silverio Castañón en la mina.

—Había muerto mi padre—dice—, y fui a sustituirle. Ingresé en el Sindicato Minero Asturiano y en la Juventud Socialista. Allí estudié. Y en los Ateneos de la cuenca minera. Poco a poco iba delineándose en mí el sentimiento socialista puro, que había de llevarme al Partido, en 1923, con un convencimiento y un entusiasmo que se expresaba en mítines y conferencias y en cuartillas escritas apresuradamente para la Prensa obrera, muchas de ellas publicadas en *La Aurora Social*, el periódico que sirvió de matriz al diario de Oviedo *Avance*. Una huelga en 1919 fue el motivo de que me detuvieran por primera vez. Luego, por otras huelgas, por artículos periodísticos, por discursos en mítines, me detuvieron otras muchas veces.

El levantamiento de los artilleros contra la dictadura de Primo de Rivera

—En 1926 ingresé como voluntario en el Ejército, con un año de anticipación a la fecha en que me correspondía entregarme obligatoriamente en filas. Así podía elegir Cuerpo. Y elegí el regimiento de Artillería



Ligera de Campaña, de guarnición en Burgos, donde me cogió el levantamiento de los artilleros contra Primo de Rivera. La Dictadura, que había chocado ya con los obreros y con los intelectuales, con el pueblo y con la burguesía—recuerda Castañón—, tropezaba también con la hostilidad de una de las más poderosas entidades militares. La sublevación tenía un carácter antidictatorial, quizá más concretamente antiprimorrista. Pero yo participé en ella por lo que pudiera servir a una auténtica revolución, al grito de «¡Abajo la Monarquía!»

Después, Castañón volvió a Asturias. Y a la mina. Y a las organizaciones socialistas asturianas.

—Lo mismo que antes—sigue diciendo—. Y por huelgas, por reclamaciones, por creer que yo era uno de los que dirigían los movimientos obreros, fui despedido, y tuve que buscar otra ocupación para ganarme la vida. Entonces me dediqué a vender periódicos y novelitas. Y a escribir también. De aquellos días es una novela rimada, de carácter social, rebelde, como yo, que me produjo algún dinero. Trabajé luego en la canalización del río Caudal. Y seguí participando en la obra de agitación y preparación revolucionaria que las organizaciones mineras de Asturias no interrumpieron bajo los Gobiernos de la Monarquía.

Los últimos años de la Monarquía y los primeros de la República

Silverio Castañón recuerda su intervención, como delegado y como ponente, en todos los Congresos del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores celebrados en la cuenca minera asturiana.

La República tuvo a Castañón como alcalde en Turón. Pero duró poco el alcalde en la Alcaldía.

—Yo no podía detenerme en matices de legalidad cuando había de adoptar una resolución justa. Aquello se consideraba en mi pueblo como «alcaldadas». Y me destituyeron en seguida. Pero yo dejé el cargo muy contento—dice—. La República era mucho; pero más que la República, que aquella República encogida del 14 de Abril, era la Revolución. Y me parecía que la Revolución iba a llegar muy pronto, y había que prepararla. Volví a la mina, ya con la categoría de minero de primera. Y allí seguí haciendo propaganda revolucionaria. Así llegó Octubre de 1934.

Treinta años de lucha socialista en Asturias en la vida de Silverio Castañón

Condenado a muerte y a trescientos cuarenta años de prisión

La tragedia del Octubre rojo asturiano rehace sus más patéticas imágenes en el relato de Silverio Castañón.

—El día 5 de aquel Octubre habíamos proclamado ya en Turón, con sus veinte mil habitantes, la República Socialista. Nuestros combatientes habían conquistado dos cuarteles de la Guardia civil y uno de guardas jurados de las Hulleras, incautándose de algunas armas. Turón estaba tranquilo, y pudimos abandonarlo para dirigirnos a Campomanes, donde aguardamos al batallón Ciclista de Palencia, que iba a pasar por allí. Nosotros seríamos unos doscientos. Pocos para el número de hombres que llevaba el batallón. Pero la superioridad numérica del enemigo la compensó nuestra decisión de victoria. Y en Campomanes quedó aquel batallón Ciclista de Palencia destrozado. Todavía, con mis hombres, fui a Oviedo, y participamos en la toma de las principales calles de la capital, hasta que me nombraron comisario general de la zona del Caudal, con tres Concejos, que era uno de los frentes más duros de la lucha, por donde las fuerzas que enviaba el Gobierno para someterlos presionaban más.

Pero llegó un momento en que ya la resistencia y el heroísmo de las masas obreras revolucionarias de Asturias resultó inútil. Fue cuando, por acuerdo del Comité, pactó con el Mando militar, que representaba al Gobierno, Belarmino Tomás.

—Después de asegurada la retirada de nuestros hombres—continúa recordando Castañón—, cuatro de los más responsables salimos juntos en busca de refugio con dirección a los Picos de Europa. No nos quedaba abierta otra salida ya. Ocho días anduvimos escondidos por puertos y montañas. En Ponga nos salvamos de la Guardia civil, ocultándonos en una presa de molino, en el agua, debajo de los juncos. Así pudimos llegar hasta Torrelavega. Pero allí alguien que nos reconoció nos denunció a los guardias. y nos encontramos, por sorpresa, envueltos por fuerzas de Carabineros, de Guardia civil y de Policía. El consejo de Guerra me condenó a pena de muerte y trescientos cuarenta años de prisión. La sentencia la confirmó el Tribunal Supremo. Pero no se cumplió. Mientras tanto, yo desde la cárcel, reorganicé las Juventudes Socialistas Asturianas, y seguí escribiendo artículos y folletos revolucionarios.

Cuando la revolución asturiana triunfó en las elecciones con el Frente Popular

En las palabras de Silverio Castañón las jornadas de la rebelión asturiana tienen la

presión de las páginas de Víctor Hugo. «Cuando me sacaron al patio de la prisión para matarme porque la orden de cumplimiento de la sentencia no llegaba de Madrid»—dice.

Y aquella orden no llegó. La Revolución de Asturias había fracasado con las armas. Pero triunfó, en Febrero de 1936, por el sufragio electoral.

—Con el triunfo del Frente Popular en las elecciones salí de la cárcel. Y volví a Asturias. Otra vez a los mítines y a las organizaciones mineras, que, rehechas, tenían que seguir actuando hasta conseguir un sistema social más justo. Para la elección de Presidente de la República vine a Madrid como compromisario, con la representación de doscientos doce mil electores. Y desde Madrid fui a la provincia de Huelva como secretario general de la organización de los mineros de Ríotinto.

Con los mineros de Ríotinto ante la sublevación militar

—Estaba en Nerva, un pueblecito de la demarcación de Ríotinto—sigue diciendo Castañón—, cuando estalló la sublevación militar. De allí me trasladé a Sevilla con doscientos mineros. Delante de nosotros iba una compañía de la Guardia civil. Yo había querido impedir que saliesen los guardias. Luché con el gobernador y con las representaciones del Frente Popular, que los creían leales. Pero yo no me fiaba de su lealtad. Y no me equivoqué, porque al llegar a Sevilla se volvieron contra nosotros y nos acibillaron a tiros. Tres días estuvimos en Sevilla, donde el pueblo todavía luchaba. Hasta que comprendí que allí ya nada podíamos hacer. Y regresé a Ríotinto a organizar las Milicias Mineras. Sobre Ayamonte tropezaron estas Milicias con las primeras fuerzas moras que los generales rebeldes habían incorporado a la sublevación. Había que venir a Madrid a pedirle auxilios al Gobierno. Ante la superioridad de armamento del enemigo, los bravos mineros de Ríotinto no podían defenderse ya. Andando atravesé toda la provincia de Badajoz, evitando el encuentro con las líneas facciosas, que iban cerrando todos los caminos. Y pude, al fin, llegar a Madrid. Pero aquí no pudieron darme lo que pedía. Además, dispersos, fugitivos, aquellos mineros, los que quedaban de aquellos mineros, llegaban ya a Madrid también. Entonces ingresé como miliciano en las Milicias de *El Socialista*, con las que fui a Ciudad Leal.

Pero Silverio Castañón había visto combatir a los mineros de Ríotinto, y conocía su admirable resolución en la lucha. Y con los que llegaron a Madrid organizó el batallón Ríotinto, con el que, ya de comandante, no tardó en salir para Maqueda.

Herido en un pie, en uno de los combates del mes de Noviembre, ante Madrid infranqueable ya, Silverio Castañón fué destinado como inspector de la Comandancia General de Milicias en la Sección de Organización. Luego, al batallón Vanguardia Roja, con el que participó en los combates de la Casa de Campo, Cuesta de las Perdices, Puerta de Hierro, el Jarama... Hasta que se le confió el mando de una brigada.

—Una brigada—dice—que hace para el enemigo inaccesible una de las entradas a Madrid. Aquel «¡No pasarán!» del mes de Noviembre lo han escrito ya en este frente muchas veces, con las puntas de sus bayonetas, mis soldados.

Pero calla que lo que sus soldados escribieron lo dictó antes, con la firmeza de sus veintitantos años de combatiente socialista, el comandante que encarna reciamente la voluntad revolucionaria de España.

J. R. C.

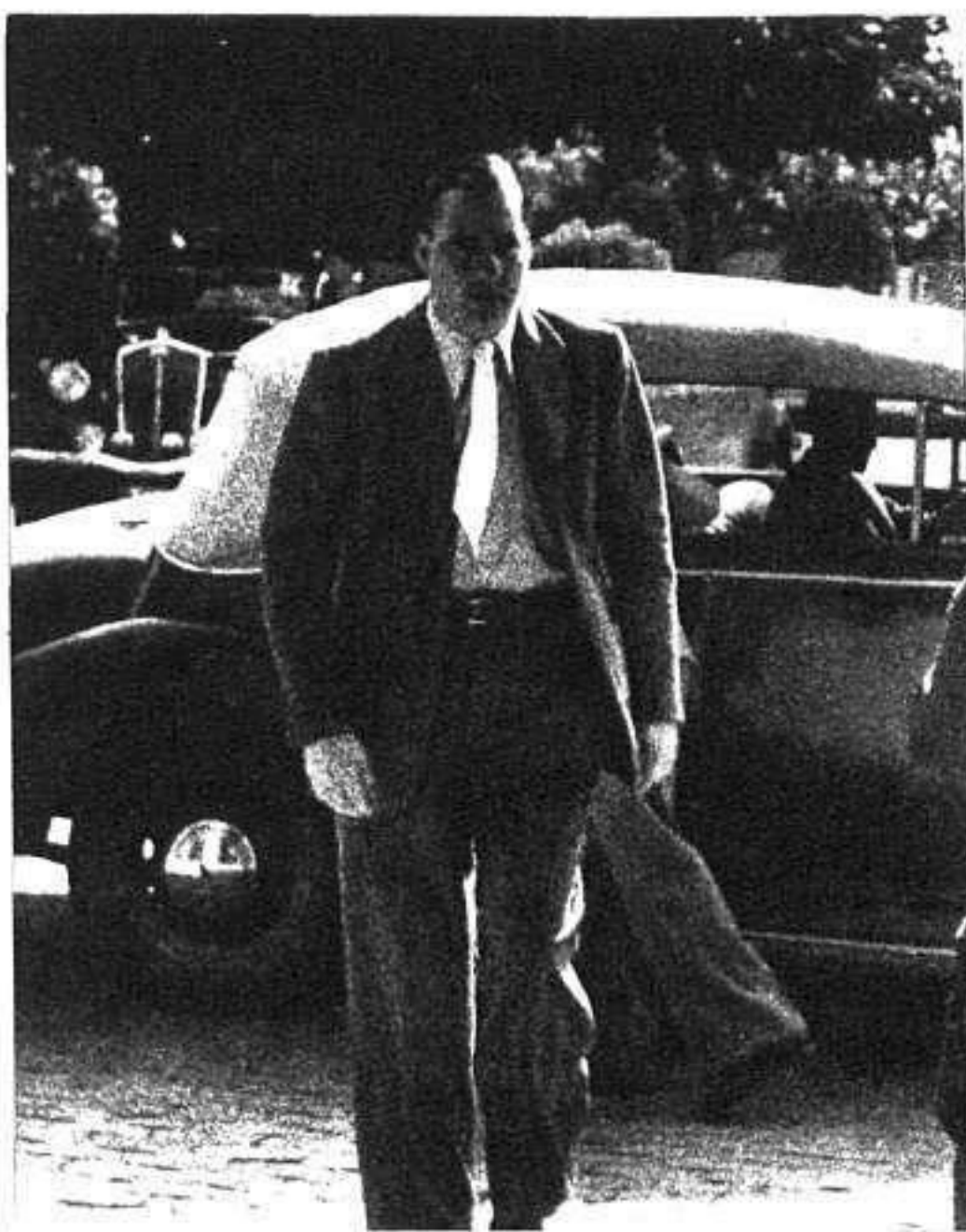
LA APERTURA DEL PARLAMENTO CATALAN



La llegada del ex consejero Ventura Gassol



Antonio María Sbert llega al Parlamento



El consejero Terradellas



El consejero Vidiella



Juan Comorera, al llegar al Parlamento



La llegada de Carlos Pi y Suñer
(Fots. Torrents)

La Hemeroteca madrileña en la Exposición Internacional de París

Trescientos periódicos nacidos en la guerra

El espíritu español de libertad a través de la Prensa

SE ha dicho, en elogio del Ateneo, que éste no ha interrumpido su actividad bajo la guerra. Pero el caso no es único. Otro centro cultural muy dentro de la vida madrileña, la Hemeroteca Municipal, tampoco ha abierto pausas en su vida de siempre, en su relación con el público. Caía la metralla sobre Madrid. Siembra de dolor y de sangre sobre las calles de la ciudad. Allí, en el caserón de la Hemeroteca—el tiempo parece haberse detenido tras aquellos muros, que son carne de Historia—, había hombres que seguían curiosamente la vida lejana apresada en los periódicos viejos, en las revistas antañonas.

Ahora, nuestra Hemeroteca se dispone a figurar en la Exposición Internacional de París. Por mandato del Ministerio de Instrucción Pública y del Ayuntamiento, se ha organizado una expedición con volúmenes muy representativos de la riqueza de esta institución de Madrid. Manolo Rosón, encargado actualmente de la Hemeroteca—en Manolo Rosón se funden la inquietud del periodismo nuevo y el fervor del viejo periodismo—, ha realizado toda esta labor en tiempo brevísimo, con un personal escaso—apenas más que un funcionario de la Hemeroteca—, sin limitaciones a la jornada de trabajo y bajo la guerra. Estallaban cerca los proyectiles de cañón. Había que interrumpir la tarea y bajar apresuradamente al sótano. Y cuando la alarma había pasado, otra vez al trabajo: seleccionar periódicos y revistas, de hacer anotaciones, de preparar el catálogo.

La labor está ya hecha. En varios cajones, las colecciones de periódicos esperan sólo el momento de partir. Ante el público internacional de la Exposición francesa, esos periódicos darán una visión esquemática de lo que ha sido el periodismo en España. Y en esa visión panorámica de nuestra Prensa, se podrá advertir algo que es, a lo largo del tiempo, como su línea cardinal, como su trayectoria ideológica: el espíritu de libertad, el anhelo de vivir una vida libre y justa. Desde las hojas de los tiempos viejos a los periódicos de la guerra actual—pasando por otras horas de convulsión que España ha tenido—, se ve en la Prensa española fuertemente reflejado ese afán de libertad que es consubstancial a nuestro propio espíritu.

Para el público francés, nuestro envío tendrá un interés concreto y especial: porque



El españolísimo patio de la Hemeroteca madrileña, en una casona llena de tradición



(Fots. Videca)

Todo en el edificio de la Hemeroteca tiene una sobria belleza, una severidad noble y antigua

entre las colecciones están la de unos cuantos periódicos de la revolución francesa del 93 y la de otros—muy interesantes—de la del 48. En cuanto a la Prensa española, llega desde sus manifestaciones primeras hasta hoy, hasta nuestra guerra. Esta gran hora de nuestra lucha ha tenido, naturalmente, un eco vibrante y apasionado en la Prensa. Y aparte de la Prensa habitual, normal, ha nacido una Prensa típicamente de la guerra, más modesta, pero más combativa y con más sabor a lucha y a trinchera: la Prensa de los batallones y de las brigadas. La Hemeroteca ha reunido—y ello es una labor personal de Rosón—trescientas publicaciones de este género, casi todas de Madrid. Entre ellas, las hay muy curiosas: como, por ejemplo, una titulada *Avance*, que, primero, editada en la propia trinchera, en Navalperal, es sólo una hoja hecha con máquina de escribir; después, tirada en la Cyclostyle de una imprenta de campaña, es ya una publicación mejor; más tarde, según va trasladándose la unidad a cuyos combatientes se destina, es editada en Santa María de la

Alameda, en Robledo de Chavela, en El Escorial, cada vez con una impresión mejor; finalmente, *Avance* se tira ya en una imprenta, y sólo el título y el acento de combate recuerdan en él aquella primitiva hoja que en las pausas de la lucha se escribía a máquina en la propia trinchera.

Consta la expedición que ahora va a enviarse a París de tres mil volúmenes y dos mil títulos. Para esta expresión de nuestra Prensa de todos los tiempos ante el mundo, Manuel Rosón—nadie como él, formado en la Hemeroteca, entrañablemente unido a ella, podía hoy hacerlo en Madrid—ha escrito un prólogo y ha redactado el catálogo (dos mil cuartillas hechas presurosamente, mientras cerca pasaba la guerra). En muy poco tiempo se ha dado cima a la labor, y de un momento a otro todas esas hojas, expresión fugitiva y vibrante de la historia de España, pondrán ante el mundo, a través de la Exposición Internacional de París, la verdad de un anhelo de libertad que llega desde los tiempos viejos a la gesta de nuestra lucha actual.



En la Hemeroteca se ha trabajado febrilmente estos días para preparar las colecciones que han de figurar en la Exposición Internacional de París

Andaluces bisoños

Poco después de la caída de Málaga, se organizó en Almería un batallón, en el que había algunos veteranos que ya estuvieron en el frente y otros que no habían ido aún y acababan de enrolarse. De estos últimos, los andaluces estábamos en mayoría.

Veníamos en el tren para Madrid, orgullosos porque nos traían a los frentes donde se habían librado los mayores combates y donde se seguía rechazando a toda la chusma extranjera, en sus intentos de tomar la capital de España.

Estuvimos en Madrid tres días y, por fin, nos destinaron a un pueblo próximo al frente donde teníamos que actuar. En este pueblo permanecemos aprendiendo la instrucción y perfeccionándonos en el manejo del fusil.

Los comisarios políticos y el comandante del batallón, en las lecciones teóricas que nos daban diariamente, no cesaban de repetirnos que la guerra, en la realidad, era menos terrible de lo que parecía en la imaginación; que de mil disparos, sólo uno hace blanco, y para herir; que las balas que se oyen silbar no dan a nadie; que el efecto de los cañonazos es más moral que efectivo, y otras cosas parecidas que estimulaban nuestro espíritu y nos adiestraban para la lucha.

Estas lecciones eran de tal eficacia, que el que más y el que menos creíamos que ir al frente era como hacer una película o cosa parecida.

Por fin llegó la hora de ir a la línea de fuego. Los andaluces habían sido repartidos entre dos o tres batallones de buenos veteranos que actuaban en este sector. A los seis días, el Mando ordenó un ataque.

Era una hermosa mañana. Estábamos metidos entre el bosque de una ladera. Allí abajo veíamos avanzar una compañía, desplegada en guerrilla. A mi juicio, la operación consistía en avanzar por los flancos y después entrar nosotros por el centro con un ataque a fondo.

Así lo hicimos. Y aquí empieza lo bueno. En las dos compañías del centro eran mayoría los andaluces bisoños. Un enlace llegó con la orden de avanzar. Todos nos pusimos en pie. Uno de nuestros tenientes gritó: «¡Adelante, camaradas, hay que vengar lo de Málaga!»

Y seguidamente iniciamos el ataque. ¡Pero qué ataque! Todos echamos a correr hacia adelante, como en una carrera pedestre. Parecía que se nos había olvidado para lo que servía el fusil, pues no pensábamos más que en correr, avanzando. Cuando faltaban unos veinte pasos para llegar a los parapetos facciosos, las balas nos llovían; pero no por eso dejábamos de avanzar. Los veteranos del batallón y otros que tenían experiencia de la lucha, avanzaban despacio, resguardándose en las piedras y haciendo fuego. Nosotros, a cuerpo descubierto. Nuestro capitán, andaluz también, se plantó detrás de una piedra, a diez pasos de los parapetos, y con su pistola no dejaba asomarse a ningún enemigo, pues el que lo hacía caía atravesado de un balazo. A todo esto, ya había individuos nuestros a cincuenta metros por retaguardia de los fascistas. Tuvieron éstos que desalojar más que a prisa sus trincheras, y nos posesionamos de ellas.

El combate duró como media hora y en aquel avance rapidísimo nos habíamos desperdigado. Un enlace trajo la orden de reunirnos, y al poco estábamos todos juntos. Se vió con asombro que no faltaba más que un soldado, al que habían matado al principio de la acción.



¿Qué has visto, soldado del pueblo? ¿Qué suceso de la guerra que haces te ha impresionado más? Cuéntanoslo para nuestro público. No se te piden sutilezas de expresión ni primores literarios. Cuéntanoslo como tú sepas, como tú hablas, como tú escribes a tu madre, a tu novia o a tu hermano, que de nuestra cuenta corre el disimular cualquier posible incorrección retórica. Nada de literatura, a ser posible, y, desde luego, nada de política de partido. Sencillamente. Y brevemente también. Que el papel, como a todos, no nos sobra, y no podemos dedicar a nada mucho espacio. Advertencia importante: nos interesa la anécdota, el hecho, y no el sitio, que no debe darse a la publicidad, para evitar posibles imprudencias. Semanalmente, MUNDO GRÁFICO dedicará una página a recoger los motivos destacados de esos relatos de los combatientes.

Traía el fusil en bandolera y venía lleno del barro de las trincheras, donde llevaba seis días, durante los cuales se habían rechazado enérgicamente todos los ataques del enemigo.

Al llegar cerca de nosotros, nuestro comandante le preguntó: —¿A qué vienes? ¿Estás enfermo?

El contestó, muy excitado:

—No sé qué me pasa... Pero no puedo seguir en la trinchera. Me ha entrado un aplanamiento muy grande y he tenido el presentimiento de que me van a matar...

El comandante, acercándose a él, lo cogió por los hombros y mirándole a los ojos, le dijo:

—Muchacho: tienes que volver allí, has de seguir luchando junto a tus compañeros. Estás defendiendo a tus padres, a tus hermanos, a todos los seres que quieres... Ahora descansarás un poco, y en seguida volverás a tu puesto. No creas en presagios. Aunque fueran ciertos, para eso estamos aquí todos: para luchar hasta morir por la causa de nuestras ideas, por la libertad y la vida de todos nuestros hermanos. La menor flaqueza es una traición. ¿Cómo podrías vivir, mirar a la cara a tus compañeros, ni ser en el porvenir un hombre digno, si ahora abandonas tu deber?

Y así le habló largamente el comandante, con palabras que a todos nos emocionaban, diciéndole, sobre todo, que si tenía el presentimiento de morir, más mérito y más gloria tendría su sacrificio consciente por la causa que todos defendíamos.

Emocionado, sin responder, el camarada durmió unas horas y volvió más animado al frente.

Dos horas después, otro camarada que vino herido nos contó que apenas llegado a la trinchera el confortado se recibió la orden de ataque. El compañero que había tenido el presentimiento saltó el primero el parapeto y avanzó, tirando bombas de mano sobre los facciosos que huían. Pero una bala le perforó la frente, y cuando lo recogieron, sus últimas palabras fueron:

—Yo sabía que iba a morir... Pero no importa... ¡El comandante tiene razón!— JOSÉ SÁNCHEZ ALFONSO, sector de Aranjuez.



Entonces fué cuando yo oí a dos veteranos madrileños este diálogo:

—Oye, tú, ¿has visto cosa igual? ¡Estos andaluces parecían locos!

—No me hables, porque cuando les vi correr de la forma que lo hacían, lo menos que me creí es que iban a pasarse todos con los fascistas.

Ahora bien, el valor de aquella acción hay que atribuirselo a las lecciones de nuestros jefes y comisarios, que supieron imbuir en el alma de unos soldados novatos el desprecio al peligro y el sentido de la responsabilidad cuando se pelea por una causa justa.—BENITO RODRÍGUEZ MONTERO, de la 34 Brigada.

"El comandante tiene razón"

«Una mañana del pasado invierno fuí testigo de una escena que me causó la mayor impresión en lo que llevo de campaña.

Hacía sol y había salido a lavarme, cuando vi venir hacia nosotros con pasos vacilantes, el semblante pálido, sin levantar la vista del suelo y con gran excitación, a un camarada, al que yo conceptuaba como de los más decididos, porque era siempre de los primeros en saltar de la trinchera hacia el enemigo a la voz de «¡Al ataque!»

UN periódico americano ha dado recientemente la noticia de que durante uno de los criminales bombardeos de la aviación italiana al servicio de los militares sublevados, pocos días antes de la pérdida de Málaga, quedó destruida la casa en que vivió el poeta de los Cantares, Narciso Díaz de Escovar. Allí estaba su biblioteca y su museo de recuerdos teatrales, acaso el más importante de España.

Pocos días antes de su muerte, a primeros del año 1934, tuve ocasión de visitar, en Málaga, aquella Casa-Museo. De la entrevista con el popular poeta conservo unas notas inéditas que ahora vuelven a adquirir actualidad con el triste motivo de esta nueva fechoría fascista.

Vivía don Narciso en uno de los barrios más típicos de Málaga, lejos de esa arteria con deseos de gran ciudad que es la calle que se llamó de Larios, en una callecita re-

el desecho de unas medias a listas y unos amplios pantalones abrumados por una pesadilla de encajes y entredoses. Y un reloj absurdo, de cuco. Un reloj que a las cuatro de la tarde marcaba las siete y cantaba las once. Y una mesa, en la que una placa dorada daba a conocer al visitante, en finos arabescos caligráficos, su origen histórico: «Sobre esta mesa se firmó el Tratado de Bayona».

Cuando visité a don Narciso vivía aún su hermano, un investigador y erudito de altura, al que la fama fraterna había colocado injustamente en segundo plano. Me recibieron juntos. Don Narciso, tras la mesa histórica, de perfil, en pose fotográfica. El hermano, fumando su pipa marinera, brillante la calva bruñida por el sol que se hacía una aguda espada a través de un resquicio de la ventana para desangrar polvo de siglos en los viejos manuscritos. Tenían ambos, sin saberlo, la actitud y el ritmo plástico de los

hermanos Baroja en el lienzo de Vázquez Díaz.

Con ellos vi el Museo y sus ejemplares más destacados: el manuscrito del *Don Alvaro*, del duque de Rivas, con esta coletilla final: «Escribí este drama en los tres meses más aciagos de mi vida»; un autógrafo de Santa Teresa; una magnífica colección de diseños, decorados y trajes de teatro chino; los decorados de *Fuenteovejuna* para una representación en el Teatro Proletario de la U. R. S. S. tipos ambiguos de actores japoneses; programas de funciones celebradas en el Teatro del Príncipe y en el Corral de la Pacheca; un manuscrito de Francos Rodríguez...

—Pero, ¿también Francos Rodríguez escribió comedias, don Narciso?

—Sí, hijo, sí. ¿Qué español no las ha escrito? Aquí tiene usted—me dijo después con un gesto orgulloso de coleccionista—el manuscrito de *La noche del sábado*, de Fenavente.

Más cosas curiosas, si no del alto valor como las otras, más pintorescas, al menos: el expediente de pobreza para que Carmen Díaz pudiera ingresar en la Academia Malagueña de Declamación y una carta de ella. (La actriz que ahora anda arrastrándose por los escenarios de las ciudades dominadas circunstancialmente por el fascismo escribía con este sentido ortográfico: «Me an dicho que ustez a escrito diziendo que boi mu vien»). Y una reliquia: el cartel, chamuscado, que había en el vestíbulo de Novedades la noche del incendio.

—¿Cuántos cantares ha escrito usted, don Narciso?

—Catorce mil setecientos diez y ocho hasta hoy. Esta mañana hice los tres últimos.

Catorce mil setecientos diez y ocho cantares, repartidos en revistas, diarios y libros. De entonces, hasta cuatro meses después, muchos cantares más. Aunque don Narciso viera la muerte cerca.

—Mi hermano dura poco—me dijo en un aparte—. Yo no le sobreviviré mucho.

Así fué.

Cuando le sacaron de la casa quedó allí su vida entera, plasmada en setenta años de poeta y de coleccionista pacienzudo. Setenta años de constante labor inteligente, que las bombas del fascismo, en su odio a la inteligencia, han sepultado bajo el montón de la casita, enclavada en un barrio popular de Málaga.

ANTONIO OTERO SECO



Busto erigido a la memoria de Narciso Díaz de Escovar en el Parque de Málaga

El fascismo destructor

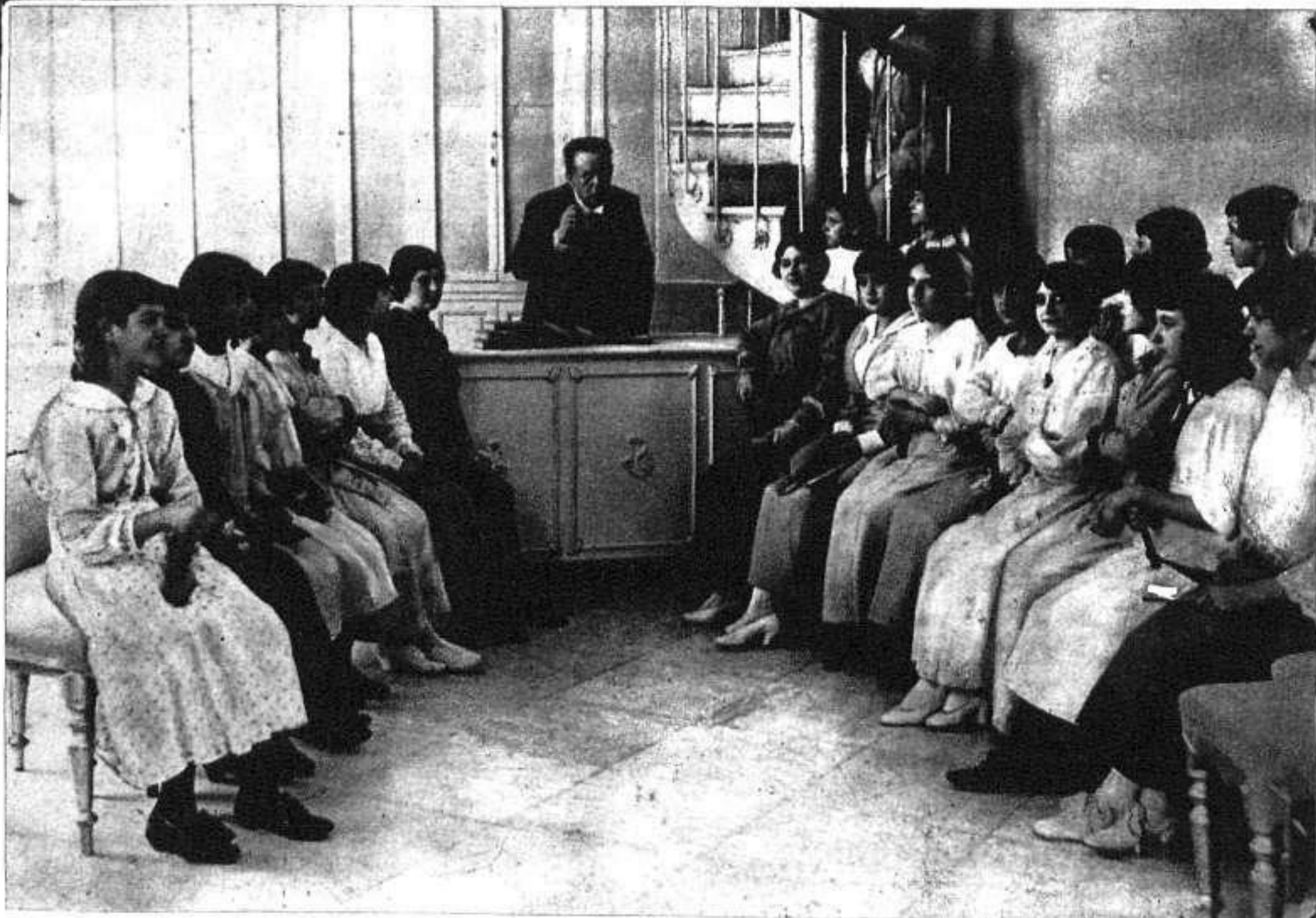
Evocación de la Casa-Museo del "Poeta de los Cantares"



Narciso Díaz de Escovar, el «Poeta de los Cantares», trabajando en su despacho

torcida y misteriosa. En ella, y en una casa antigua, con un patio minúsculo, donde agonizaban unas plantas anémicas, bajo un rectángulo exacto y alto de cielo, podía verse a la entrada esta placa indicadora: «Narciso Díaz de Escovar, abogado». Ni guitarra ni cantares. Una placa profesional simplemente.

Pero la sorpresa estaba dentro. Millares y millares de volúmenes, de manuscritos, de fotografías, de recuerdos, trepaban escaleras de estanterías por todas las escaleras de la casa. Un Museo. El Museo teatral más valioso y nutrido de España. A la derecha del zaguán estaba el despacho. Un despacho con una cáscara de retratos en las cuatro paredes, desde el techo al suelo. Retratos de artistas, de toreros, de políticos, de generales, de novelistas... Entre un general barbado y serio—de aquellos que morían siempre en la cama—y un político famoso por su travesura y su tupé, la silueta maciza de una de aquellas vampiresas pechugonas de 1900, con

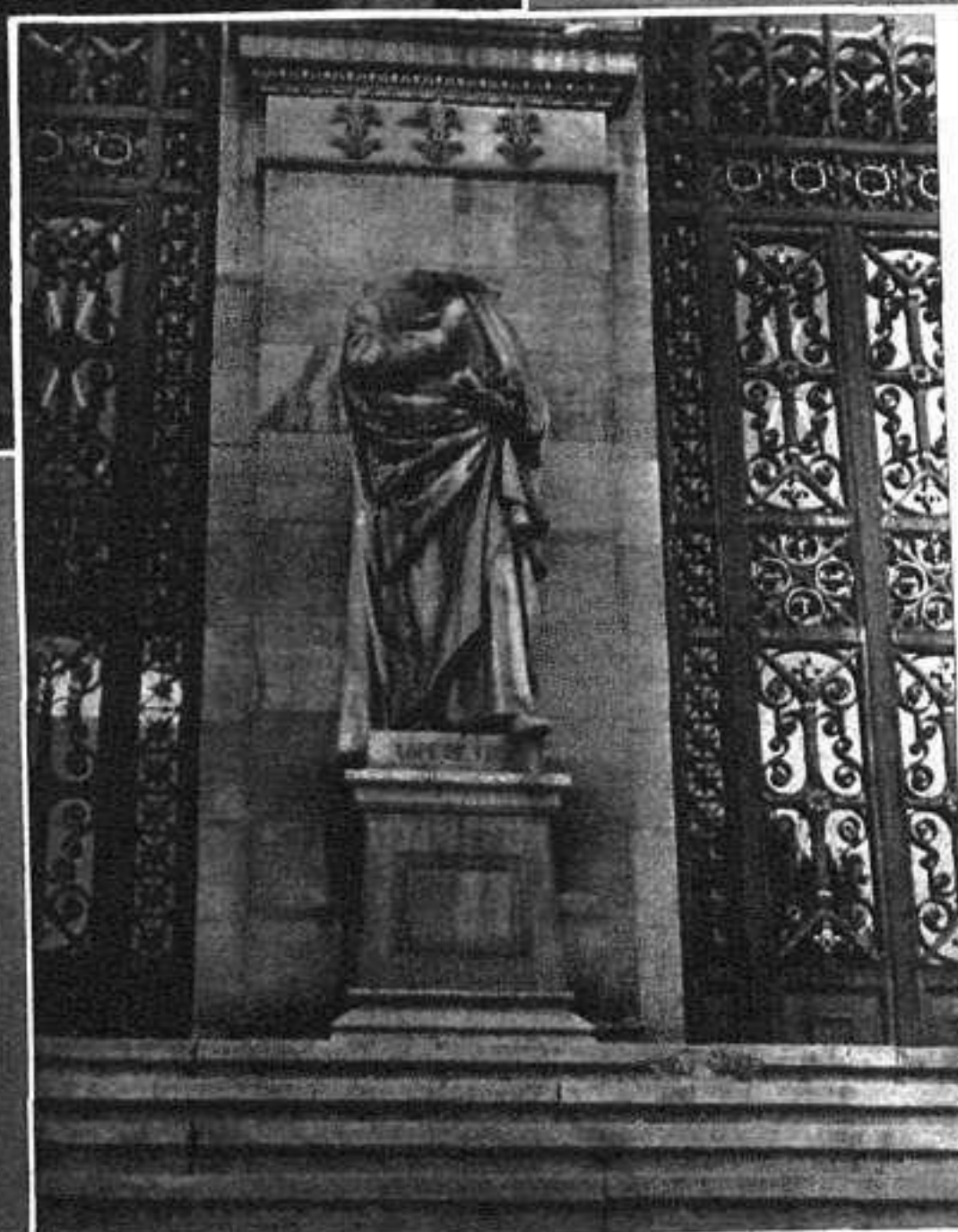


Díaz de Escovar en su cátedra de la Academia de Declamación de Málaga



Sir Frederick Kenyon y mister Mann, en el Gobierno Civil de Madrid, durante el «lunch» con que fueron obsequiados por el compañero Trigo Mairal uno de los días de su breve estancia en Madrid

La estatua de Lope de Vega de la Biblioteca Nacional, decapitada por la metralla enemiga...
(Fots. Plortiz y Vide)



Salvación del tesoro artístico de España

Lo que han visto dos ingleses ilustres en la zona leal

UN día apareció en el *Thimes* una carta en la que se hacía patente la sorpresa del autor por el traslado que de las obras de arte había hecho el Gobierno desde Madrid a Valencia. La firmaba un amigo del ex duque de Alba, sir Frederick Kenyon, ex director del British Museum de Londres, y encargado durante la guerra europea de la protección de las obras de arte de su país contra los bombardeos de la aviación alemana, para la que el arte es siempre un buen objetivo propicio de destrucción. «Con haber guardado esas obras de arte en los sótanos del Banco de España—venía a decir mister Kenyon—hubiera sido bastante». Por aquellos días bombas incendiarias del fascismo buscaban los tejados de la Biblioteca Nacional, del Museo del Prado, del Palacio de Liria.

En el Extranjero, el fascismo hacía campañas mentirosas hablando de la falta de interés de «los rojos» por las obras de arte. A la carta del ex director del British Museum siguió otra del ex duque de Alba. Ambas venían a coincidir en el fondo, aunque la del inglés fuera mesurada en el lenguaje y la del medio inglés, por fueros de bastardía, estuviera empapada de soberbia y de arrogancia.

Pero el Gobierno de la República, celoso de la verdad, invitó a sir Frederick Kenyon a darse una vuelta por la España leal para comprobar el fervor que pone el pueblo en la salvación del patrimonio artístico amenazado por los instintos destructo-

res de los militares sublevados y sus cómplices de Italia y Alemania.

* * *

Ante sir Frederick Kenyon y mister Mann, director de la Wallace Calery, ha desfilado un doble documental indiscutible. De un lado, la atención amorosa del Gobierno hacia las obras de arte. Y de otro, gran parte del patrimonio artístico de España destruido por las bombas de aviación y los obuses del fascismo. Ejemplos de lo primero: el magnífico estado de conservación, alejados de todos los peligros en que se encuentran las obras de arte del Museo del Prado, instaladas en cámaras especiales hasta las que no puede llegar la metralla ni las bombas incendiarias; la solicitud de las autoridades de Barcelona y de Valencia por lograr este propósito plenamente. Y de otro, los agujeros hechos por las bombas incendiarias en las claraboyas del Museo del Prado y de la Biblioteca Nacional, la destrucción del Palacio de Liria, el sepulcro del cardenal Cisneros destruido en Alcalá de Henares, por una bomba alemana, la estatua de Lope de Vega, decapitada en la puerta de la Biblioteca Nacional por un proyectil de obús, el barrio de Argüelles con muchas casas convertidas en ruinas...

Los dos viajeros ingleses han sido parcos en palabras. Demasiado parcos quizá para la magnitud del espectáculo que han presenciado. Se han limitado a recorrer los lu-

gares donde más profunda huella ha dejado la marca destructora del fascismo y a guardarse sus impresiones. Han hecho muchas preguntas para documentarse plenamente. Lo han mirado y remirado todo. Y han escuchado respuestas tan contundentes como esta, cuando sir Frederick Kenyon ha insistido en afirmar que las obras de arte debieron guardarse en los sótanos del Banco de España.

—He aquí por qué no se ha hecho.

Y le han mostrado los cuadros del Greco, salvados en Illescas y estropeados, aunque no de modo fundamental, por la humedad del sótano del Banco en que estuvieron guardados durante una semana.

* * *

Por estas fechas ya habrán regresado a Londres sir Frederick Kenyon y mister Mann. Allí, es de esperar, que reunan todos sus recuerdos y hagan un informe sereno y objetivo de cuanto han visto durante su recorrido por la España leal. Aquella carta de hace unos meses al *Thimes* debe tener ahora una continuación. Y será ahora, después de haberse colocado de cara a la verdad, cuando los verdaderos puntos estén sobre las verdaderas fes. Que será, también, cuando el ex duque de Alba deje de mostrar su adhesión a una epístola del ex director del British Museum.

ANTONIO DE LA SERENA

ESPAÑA está, lógicamente, en el primer plano de la curiosidad universal. La lucha ingente que sostiene nuestro pueblo despierta ecos en todos los confines del mundo. Y tanto como a nosotros nos interesa captar las vibraciones espirituales que nuestra guerra despierta en la sensibilidad de otros pueblos, interesa en todos los horizontes intelectuales del mundo conocer las reacciones que la tragedia bélica produce en nuestro pueblo.

Esta curiosidad universal trae a nosotros con frecuencia a los sondeadores más agudos de todo gran suceso. Hemos nombrado, naturalmente, a los que ejercen la profesión periodística. Porque en el dinamismo de la vida moderna, y antes de que el suceso adquiera lejanía y serenidad de historia, el hombre más capacitado para captar la verdad inmediata, el panorama activo de los acontecimientos, su esencia humana y su transcendencia presente, con una visión de conjunto certera y rápida, es el periodista profesional.

Han sido estos días huéspedes de Madrid varios periodistas extranjeros. Venían acompañando a una de las Misiones que la solidaridad internacional envía, portadora de generosos auxilios al pueblo español.

Después de celebrada una breve recepción oficial, y mientras descansaban los personajes de la Misión, me encargué gustoso de servir de guía a un inteligente colega francés durante un rápido paseo particular por este Madrid admirable cuyo nombre tiene en el mundo actual resonancias de epopeya. El camarada de allende el Pirineo quería, a solas, fundiéndose con el ambiente de nuestras calles, empaparse de esta serenidad admirable, de esta heroica indiferencia—ejemplo único en la Historia—que acredita la formidable entereza de Madrid.

Recorrimos calles de barrios extremos con esqueletos de casas, huellas de metrallas y manchas de incendio; avenidas céntricas con cicatrices de obuses; mercadillos y bares, plazas y callejas típicas... El corazón del Madrid popular y las grandes venas henchidas de tráfico...

Empezaron a tronar estampidos artilleros y nada alteró, sin embargo, el ritmo vital de la ciudad. Era la hora del mediodía. El periodista contemplaba impasible cuanto le rodeaba. Ni un gesto, ni un comentario. No lejos de donde nos hallábamos mirando despachar horchata fría a un vendedor ambulante estalló un obús. Unos muchachos miraron a lo alto; una anciana se detuvo en la acera e hizo un gesto de resignación. No se deshizo el corro de sedientos que rodeaba

Madrid visto por ojos extraños

Mujeres sin miedo, ciudad sin mendigos

el puestecillo. Dos o tres calles más allá seguían cayendo proyectiles. Al final de nuestra excursión no pude contener mi curiosidad y pregunté al compañero:

—¿Cuál es, en definitiva, su impresión de Madrid?

No me contestó. El me hizo a su vez otra pregunta:

—¿Dónde están los célebres, clásicos, mendigos españoles?

Sonreí a la interrogación. Realmente, para un viajero francés, empapado de las visiones clásicas de España—chafarines de Dudas, miniaturas de Merimée—, una España sin mendigos es algo inconcebible. Nuestros «pobres de pedir limosna» han sido tradicionalmente para los ojos exóticos, motivos decorativos del paisaje hispano. Tan importantes y definidores en su barroquismo racial como el gótico de nuestras catedrales castellanas o el mudéjar de los patios andaluces.

Un Madrid sin mendigos no lo concibe un viajero literario de otros climas. La estampa sordida—figura de novela picaresca—está incorporada a la literatura universal.

Un francés busca siempre en España a los nietos de Gil Blas.

Y he aquí una de tantas rutinas tradicionales—suciedad hereditaria, lacra ancestral, injusticia dramática en el fondo—con la que ha sabido acabar esta guerra que es al mismo tiempo una honda y fecunda revolución, renovación en su más alto y noble sentido.

Ciertamente, no hay mendigos en Madrid. La guerra, que siempre fué en todas partes mayor penuria, dificultad y pobreza, ha acabado, sin embargo, con ese triste exponente tradicional

símbolo de la miseria española. ¿Cuál es la razón? Una sola. El sentido dignificador, la línea política, la gran enjundia social de nuestra guerra. Y su profundo espíritu de justicia. El mendigo en la calle o era un resultado de la injusticia social o un fruto de picardía parasitaria. Motivo de vergüenza en ambos casos. El levantamiento viril de nuestro pueblo entraña precisamente el fin de todo eso: de la injusticia social que engendraba, con la desigualdad, la miseria y de la holgazanería, del parasitismo.

Desde el primer instante, el fino instinto popular comprendió el ingente significado de la lucha que empezaba: protesta contra los privilegios, contra los prejuicios de casta, contra las injusticias de los poderosos y también aniquilamiento de los parásitos, de los pícaros, de los vividores que debilitan el organismo social.

La guerra trae dolor, escasez, dificultad económica. Y, sin embargo, la crisis lógica que debió producir un aumento de la pobreza pedigrüña ha acabado con ella. Porque desde que salió a la calle, en armas por su libertad y por su justicia, se difundió por todos los ámbitos de la ciudad la gran consigna tácita. El que no trabaja, no come. Y desaparecieron los pícaros, los profesionales de la mendicidad. Pero también se dijo: Los que están impedidos de trabajar, tienen derecho a comer. La mejor caridad es la justicia. Y desaparecieron de las calles los verdaderos necesitados, los desgraciados auténticos, porque se les abrieron de par en par, generosamente, las puertas de los establecimientos de asistencia social, porque llegó a ellos francamente una corriente de solidaridad, de auténtica fraternidad humana...

Se ha deshecho una leyenda; ha desaparecido uno de nuestros motivos tradicionalmente pintorescos. Bien haya el ocaso de ese tópico secular. Es mayor motivo de orgullo el que ahora, como yo leí en el carnet de notas de mi camarada el periodismo extranjero, pueda escribirse de nuestra ciudad: «Madrid en guerra es una ciudad donde no hay mendigos ni las mujeres tienen miedo.»

ALVARO REAL

Mundo Gráfico

publica todas las semanas los interesantes reportajes

LA VIDA DE LOS JEFES DEL EJÉRCITO POPULAR, CONTADA POR ELLOS MISMOS

APOPLEJIA - PARALISIS -

Angina de pecho, Vezes prematura y demás enfermedades originadas por la Arterioesclerosis e Hipertensión. Se curan de un modo perfecto y radical y se evitan por completo tomando

RUOL

Los síntomas precursores de estas enfermedades: dolores de cabeza, rampa o calambres, zumbidos de oídos, falta de tacto, hormigueos, vahidos (desmayos), inodora, ganas frecuentes de dormir, pérdida de la memoria, irritabilidad de carácter, congestiones, hemorragias, varices, dolores en la espalda, debilidad, etc., desaparecen con rapidez usando **RUOL**. Es recomendado por eminencias médicas de varios países; suprime el peligro de ser víctima de una muerte repentina; no perjudica nunca por prolongado que sea su uso; sus resultados prodigiosos se manifiestan a las primeras dosis, continuando la mejoría hasta el total restablecimiento y lográndose con el mismo una existencia larga con una salud envidiable.

VENTA: Madrid, F. Gayoso, Arenal, 2; Barcelona, Segalá, Rbla. Flores, 14, y principales farmacias de España, Portugal y América.



BLENORRAGIA

(PURGACIONES)

en todas sus manifestaciones. **URÉTRITIS, PROSTATITIS, ORQUITIS, CISTITIS, GOTA MILITAR, etc.** en el hombre y **VULVITIS, VAGINITIS, METRITIS, CISTITIS, ANEXITIS, FLUJOS, etc.** en la mujer por crónicas y rebeldes que sean se combaten de una manera cómoda rápida y eficaz con los

CACHETS DEL Dr. SOIVRE

que depuran la sangre y los humores, comunican a la orina sus maravillosas propiedades antisépticas y microbicidas; sus admirables resultados se experimentan a las primeras tomas, la mejoría prosigue hasta al completo y perfecto restablecimiento de todo el aparato genito-urinario, curándose el paciente por sí solo sin inyecciones, lavados, aplicaciones de sondas, bujías, etc., tan peligroso siempre por las complicaciones a que exponen y nadie se entera de su enfermedad.

Basta tomar una caja para convencerse de ello. Exigid siempre los legítimos **CACHETS DEL Dr. SOIVRE** y no admitir sustituciones interesadas de escasos o nulos resultados.

Venta a 6,60 ptas. caja en las principales farmacias.

Agentes. -- New-York: Drug Importing C., 179, Adams Street Brooklyn. -- S. José Costa Rica I. Carreras, Bazar París, Avenida Central. -- S. Juan Puerto Rico: J. Combas Peyork, Tetuán, 73. -- Cuba: J. Carlos Guasch. Apartado 825 Habana

ESPECTÁCULOS

CAPITOL

Éxito grandioso



ASI VENCEREMOS

Un film español
realizado por y
para el pueblo.
Film F.R.I.E.P.C

BARCELÓ

GRANDIOSO ÉXITO DE
LA SUPER-COMEDIA MUSICAL

SOMBRERO DE COPA

con FRED ASTAIRE
Y GINGER ROGERS

BILBAO

La extraordinaria producción
española

Barrios bajos

con JOSE TELMA
Y ROSITA DE CABO

Una producción emo-
cionante que presen-
ta las lacras de una
sociedad llamada a
desaparecer

PROYECCIONES

La deliciosa película

El ángel de las tinieblas

Con FREDERIC MARCH
Y MERLE OBERON

Palacio de la Música

Grandioso éxito



MARES DE CHINA

AVENIDA

La formidable
producción policiaca

El crimen de la radio

con Austin Prevor

Un film lleno de emoción e interés, que tiene
suspense el ánimo de los espectadores

RIALTO

8.^a SEMANA
de extraordinario éxito
de ANGELILLO

Centinela, alerta

ANA MARIA CUSTODIO Y LUIS HEREDIA

Es indudable el acierto con que el Alcalde de Madrid enfoca el problema del abastecimiento de la capital de la República. Cada vez que el camarada Henche apunta su dialéctica al tema, que hemos dado en llamar «anti heroico», de las subsistencias, en el sufrido y heroico Madrid, hace un magnífico blanco en carne de viva y dolorosa realidad.

Fué primero el descubrimiento, la denuncia pública de los sórdidos manejos con que ciertos Sindicatos productores de Levante procuran el acaparamiento y, por consecuencia, el encarecimiento de artículos de primera necesidad, de que Madrid está desprovisto.

A través de su información dolorida y no rencorosa, pese a la cosecha de amarguras colectada en sus gestiones por abastecer la ciudad que es hoy ejemplo y orgullo del mundo, apuntaba la sugestión del remedio, la fórmula eficaz para poner coto al desafuero de los egoísmos privados en aras de la necesidad pública: que el Gobierno, es decir, el Estado, llegue de modo fulminante a la incautación de todos los productos básicos para la subsistencia del pueblo. Lo que se ha hecho con el trigo, evitando el agio, asegurando el consumo y sosteniendo en límites honestos el precio del pan, puede hacerse con el arroz y con las alubias y con las patatas.

Ni Sindicatos ni particulares pueden tener en tiempos de guerra la llave de nuestra despensa. El pan y el aceite, el arroz y las patatas son en estos momentos instrumentos de lucha y de resistencia tan importantes como fusiles y cartuchos. El pueblo que combate—y hoy nadie es directa o indirectamente ajeno a la lucha—necesita estar alimentado. «Tripas llevan piernas», según el castizo decir de Sancho, y los héroes no pueden estar en ayunas.

Sean, y es muy justo, el primer cuidado y el privilegio para los que luchan en la primera línea con las armas en la mano. Pero el nervio que se hace heroísmo en la trinchera parte del taller de retaguardia, donde se trabaja sin descanso para las necesidades de guerra. El entusiasmo en el parapeto es un eco de la fortaleza en la retaguardia. Hasta tal extremo, que la frase más feliz de cuantas se han hecho a este respecto desde que empezó la contienda fluyó, neta y rotunda, de labios de Indalecio Prieto: «Ganará la guerra quien conserve más sana su retaguardia.»

Entiéndase el vaticinio, no sólo en su aspecto moral de firmeza, decisión y disciplina; que el hombre progresa por el ideal, pero vive de satisfacciones materiales y la salud de su espíritu tiene íntima relación con el buen funcionamiento de su organismo físico. La mente y el cuerpo sanos son fruto de una buena alimentación.

Tan cierto como la base de la justicia está en la equidad. No hay buena justicia si no es equitativa. Y he aquí planteado el problema de las subsistencias en toda la España leal en sus términos estrictos. Es justo que todos nos sacrifiquemos a las exigencias de la guerra. Madrid, a este respecto, es el símbolo y el ejemplo máximos de sentido de la responsabilidad, de estoicismo llevado a límites heroicos.

¿Pero es sólo Madrid, debe ser sólo Madrid quien dé este ejemplo? Madrid derrochando bravura y santidad, Madrid mártir, ha sabido llevar a la cúspide su capacidad de sacrificio. Madrid, bajo el fuego y la metralla, ha sabido privarse de casi todo; ha aceptado todas las restricciones, todas las dificultades, sin un gesto de malhumor.

No se pide, naturalmente, que el resto de

la España leal se vea en igual trance que el Madrid mártir y heroico. No. Lo que se desea, como un imperativo de justicia y solidaridad, es que el resto de la España leal se ponga, sin que llegue el trance dramático de la guerra inmediata, en una situación de equidad con respecto a Madrid.

La justicia exige el racionamiento de toda la España leal. No con la vista puesta en que Levante sufra las privaciones que Madrid, sino en que Madrid sufrido se iguale, por lo menos, con el que hemos dado en llamar Levante feliz. No debe haber, cuando se debate una causa común, unas ciudades forzosamente austeras y otras alegremente despilfarradoras.

El racionamiento general impondrá a todas las mismas normas austeras; permitirá un reparto equitativo de las subsistencias y asegurará por igual las reservas. Y si es necesario el sacrificio, su generalización lo hará menos duro.

Y se evitarán ciertas ocurrencias que a estas alturas de la guerra tienen una expresión cruel de sarcasmo. Sirva de prueba esta anécdota auténtica:

Dos periodistas madrileños fueron recientemente, en rápido viaje, a Valencia. Por sus quehaceres, llegaron tarde a cenar a un restaurante. El encargado se deshacía en excusas:

—Ya no hay de nada, de nada... Se han terminado los platos del día.

Pero como los periodistas insistieran en ser servidos, el *maitre* les replicó:

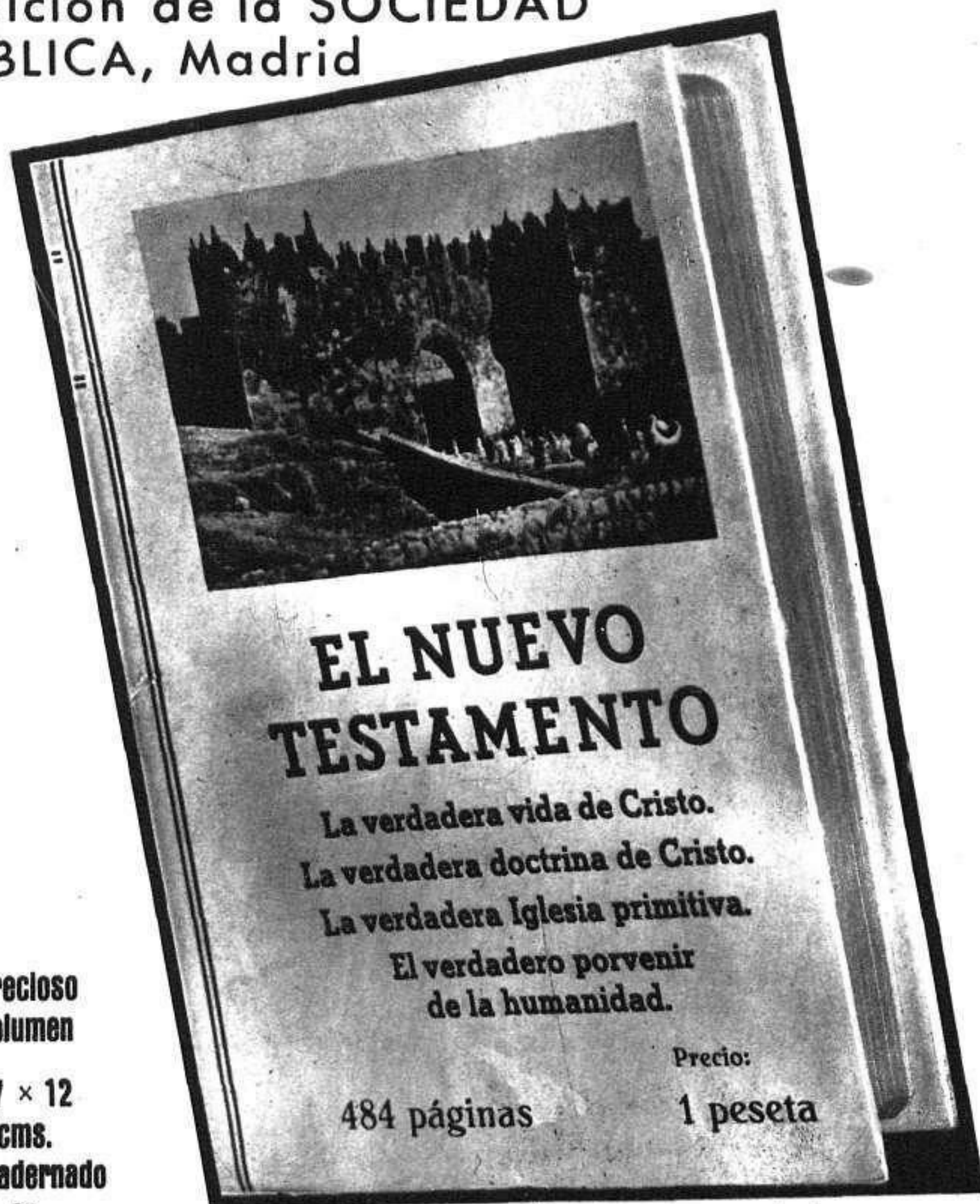
—Bien. Siéntense ustedes. Pero les advierto que cenarán muy mal. Se ha acabado todo. A no ser que se conformen ustedes con unos huevos y unos filetes...

Y esto lo oían con la sonrisa que es de suponer dos madrileños a los trece meses de guerra...

J. F.

A las fuentes del Cristianismo.

Edición de la SOCIEDAD
BIBLICA, Madrid



Precioso
volumen

17 x 12
cms.

Encuadernado
en
tela.

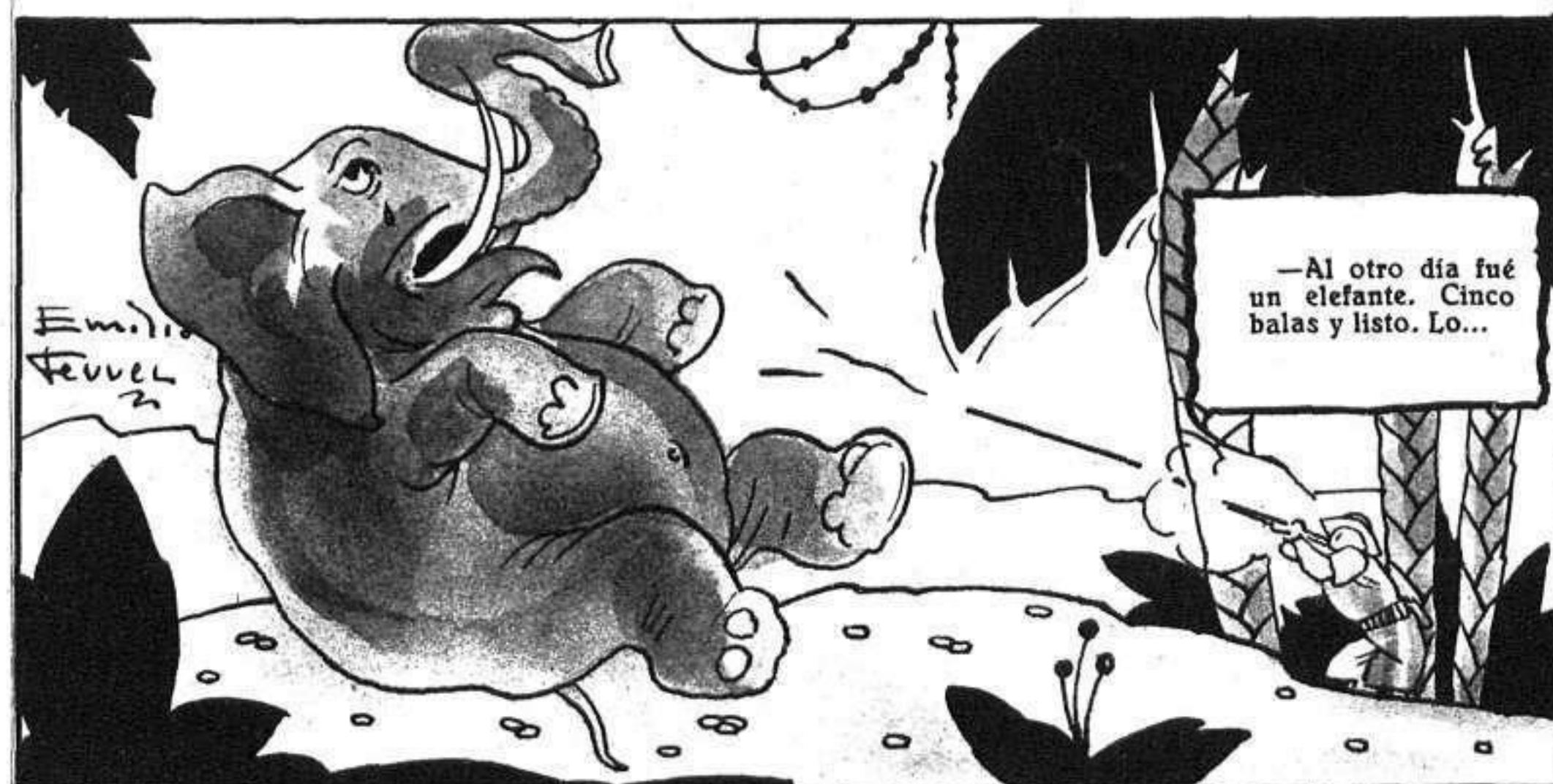
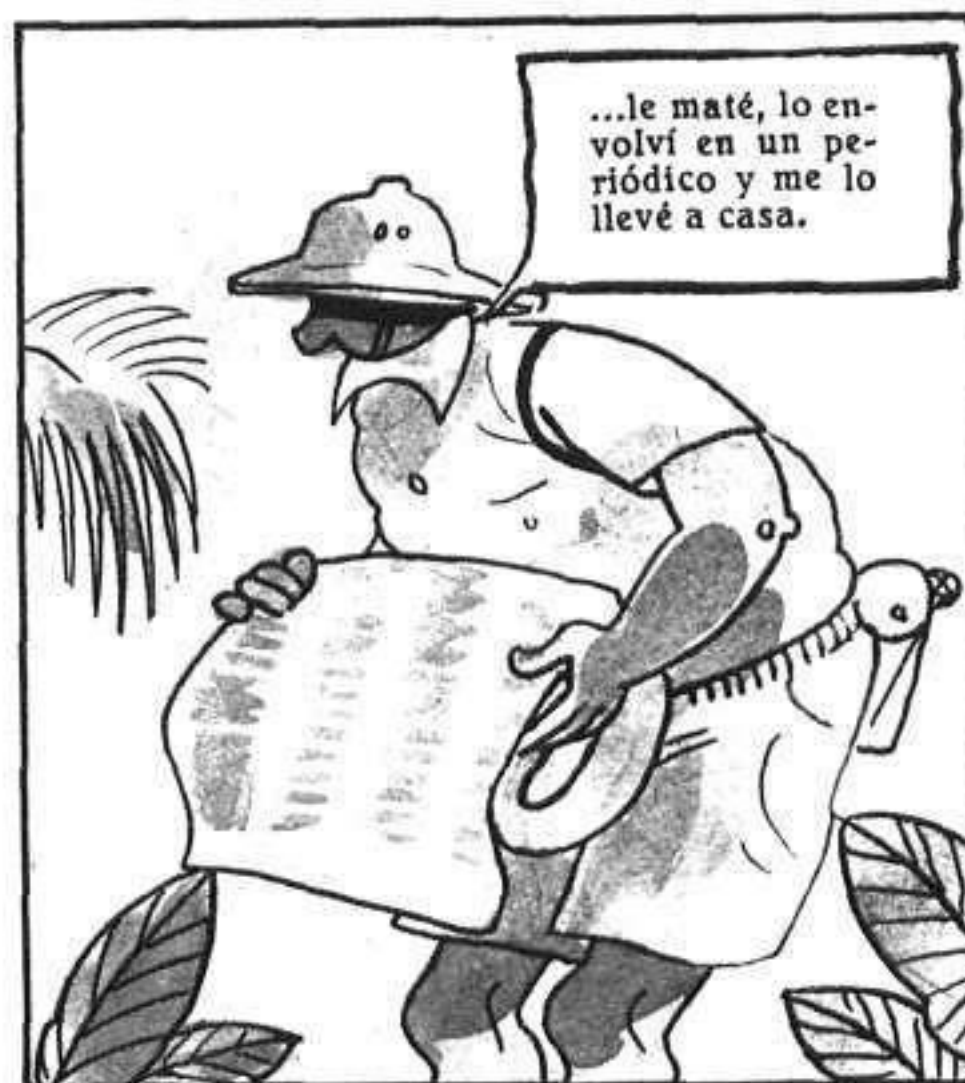
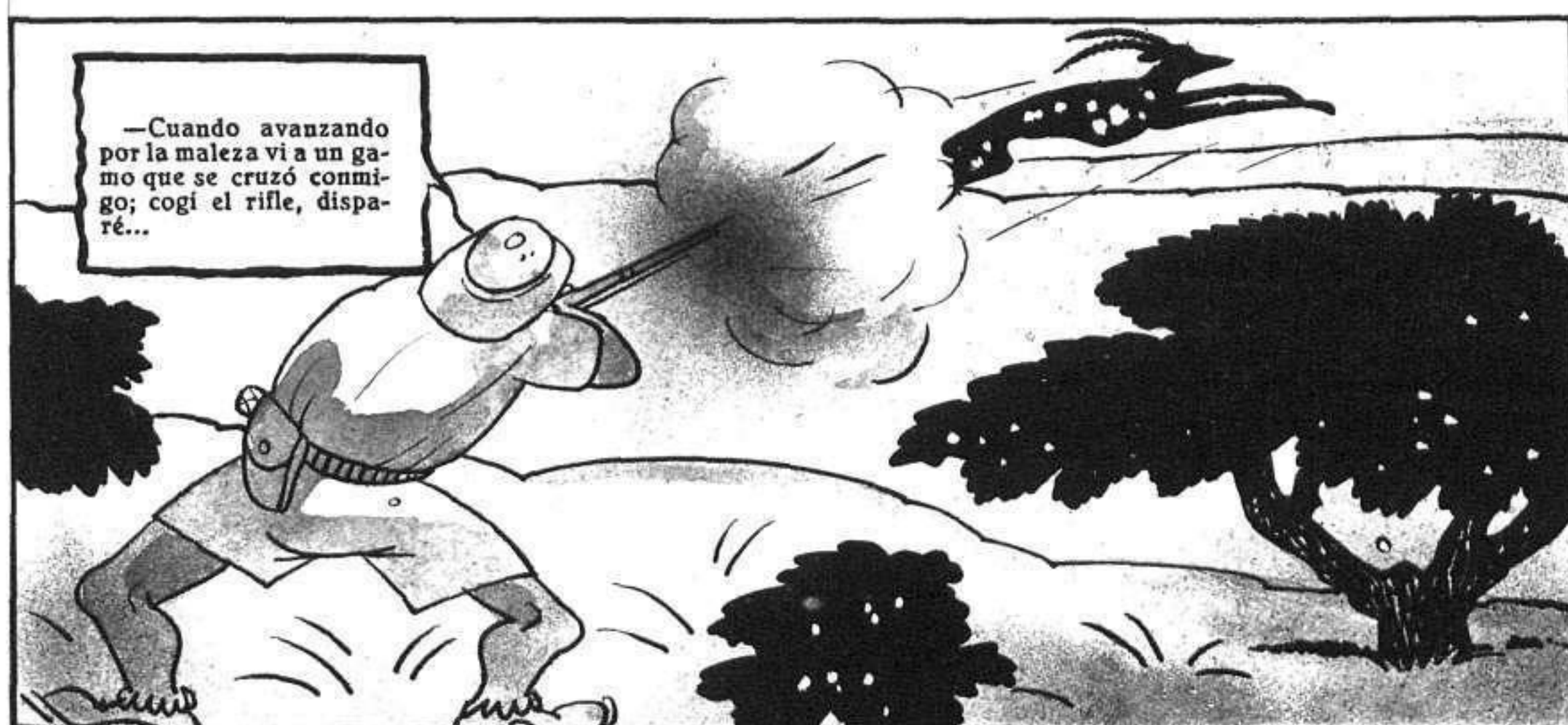
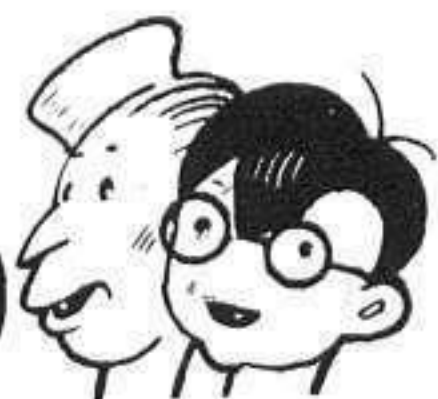
484 páginas

Precio:
1 peseta

Envíase a reembolso
de ptas. 1,50 por todo gasto
desde la

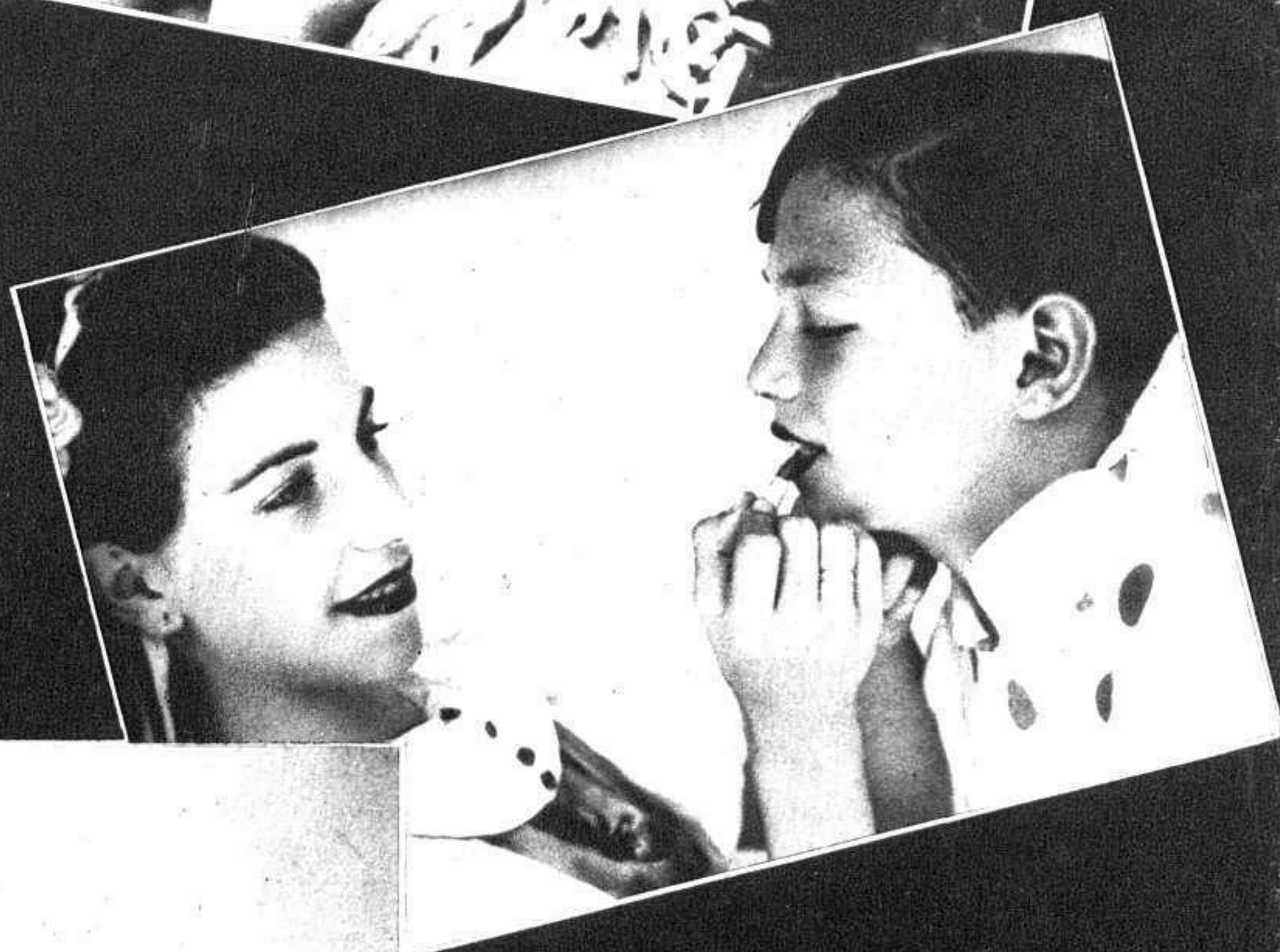
CASA DE LA BIBLIA
Cortes, 552, Barcelona.

LA VUELTA AL MUNDO de COLAS Y BARULLLO





Los chiquillos de
las J. S. U. de Va-
lencia han for-
mado el cuadro
teatral "Máximo
Gorki"



Arriba: Los pioneros valencianos que forman el cuadro teatral infantil «Máximo Gorki»

En el centro: El «chaval» no se maquilla bien, pero en auxilio suyo acude esa compañera del equipo teatral. La barra de carmín da a la boca del chiquillo el color intenso que exige la luz de la batería

Abajo: Una muchacha del cuadro «Máximo Gorki» recita unos versos del gran poeta Federico García Lorca

(UNA INFORMACION EN EL INTERIOR DEL NUMERO)